

## Bautismo del Señor (ciclo A)

- **DEL MISAL MENSUAL**
- **BIBLIA DE NAVARRA** ([www.bibliadenavarra.blogspot.com](http://www.bibliadenavarra.blogspot.com))
- **SAN JUAN CRISÓSTOMO** ([www.iveargentina.org](http://www.iveargentina.org))
- **FRANCISCO – Catequesis 2014 y Homilía 2015**
- **BENEDICTO XVI – Todas las homilías en archivo aparte**
- **DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos**
- **RANIERO CANTALAMESSA** ([www.cantalamezza.org](http://www.cantalamezza.org))
- **FLUVIUM** ([www.fluvium.org](http://www.fluvium.org))
- **PALABRA Y VIDA** ([www.palabrayvida.com.ar](http://www.palabrayvida.com.ar))
- **BIBLIOTECA ALMUDÍ** ([www.almudi.org](http://www.almudi.org))
  - Homilías con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II
  - Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva
  - Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica
- **HABLAR CON DIOS** ([www.hablarcondios.org](http://www.hablarcondios.org))
- **Rev. D. Antoni CAROL i Hostench (Barcelona, España)** ([www.evangelinet.net](http://www.evangelinet.net))

\*\*\*

### **DEL MISAL MENSUAL**

#### **JESÚS EL PREFERIDO DEL PADRE**

**Is 42, 1-4.6-7; Mt 3,13-17**

El relato del bautismo de Jesús en el primer Evangelio es por demás conciso. Luego de la renuencia inicial, Juan Bautista acepta bautizar a Jesús. La voz que se escucha al final del relato no tiene desperdicio. Jesús es el preferido de Dios y no por esto es un privilegiado que vivirá en un mundo de lujos y vanidades. El profeta Isaías nos ayuda comprender y situar estas palabras: Dios Padre ha escogido a su Siervo con una misión exigente y complicada: promover el derecho en la tierra, alentando la esperanza de las personas, animándolas a abrir los ojos y motivándolas a vivir en libertad. Jesús es elegido con una misión demandante: vivir como servidor de sus hermanos. Así lo entendió y por eso mismo se definió como aquél que no vino a ser servido, sino a servir.

#### **ANTÍFONA DE ENTRADA Cfr. Mt 3, 16-17**

*Inmediatamente después de que Jesús recibió el bautismo, se abrieron los cielos y el Espíritu Santo se posó sobre Él en forma de paloma, y resonó la voz del Padre que decía: “Éste es mi Hijo amado, en quien he puesto todo mi amor”.*

*Se dice Gloria.*

## **ORACIÓN COLECTA**

Dios todopoderoso y eterno, que proclamaste solemnemente a Jesucristo como tu Hijo muy amado, cuando, al ser bautizado en el Jordán, descendió el Espíritu Santo sobre Él, concede a tus hijos de adopción, renacidos del agua y del Espíritu Santo, que se conserven siempre dignos de tu complacencia. Por nuestro Señor Jesucristo...

## **LITURGIA DE LA PALABRA**

### **PRIMERA LECTURA**

*Miren a mi siervo, en quien tengo mis complacencias.*

**Del libro del profeta Isaías: 42, 1-4. 6-7**

**Esto dice el Señor:** “Miren a mi siervo, a quien sostengo, a mi elegido, en quien tengo mis complacencias. En Él he puesto mi espíritu para que haga brillar la justicia sobre las naciones.

No gritará, no clamará, no hará oír su voz por las calles; no romperá la caña resquebrajada, ni apagará la mecha que aún humea. Promoverá con firmeza la justicia, no titubeará ni se doblegará hasta haber establecido el derecho sobre la tierra y hasta que las islas escuchen su enseñanza.

Yo, el Señor, fiel a mi designio de salvación, te llamé, te tomé de la mano, te he formado y te he constituido alianza de un pueblo, luz de las naciones, para que abras los ojos de los ciegos, saques a los cautivos de la prisión y de la mazmorra a los que habitan en tinieblas”.

**Palabra de Dios. *Te alabamos, Señor.***

### **SALMO RESPONSORIAL**

**Del salmo 28, la y 2. 3ac-4**

***R/. Te alabamos, Señor.***

Hijos de Dios, glorifiquen al Señor; denle la gloria que merece. Postrados en su templo santo, alabemos al Señor. **R/.**

La voz del Señor se deja oír sobre las aguas torrenciales. La voz del Señor es poderosa, la voz del Señor es imponente. **R/.**

El Dios de majestad hizo sonar el trueno de su voz. El Señor se manifestó sobre las aguas desde su trono eterno. **R/.**

**ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO Cfr. Mc 9, 7**

***R/. Aleluya, aleluya.***

*Se abrió el cielo y resonó la voz del Padre, que decía: “Éste es mi Hijo amado; escúchenlo”. **R/.***

### **EVANGELIO**

*Apenas se bautizó Jesús, vio que el Espíritu Santo descendía sobre él.*

**Del santo Evangelio según san Mateo: 3, 13-17**

**En** aquel tiempo, Jesús llegó de Galilea al río Jordán y le pidió a Juan que lo bautizara. Pero Juan se resistía, diciendo: “Yo soy quien debe ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a que yo te bautice?” Jesús le

respondió: “Haz ahora lo que te digo, porque es necesario que así cumplamos todo lo que Dios quiere”. Entonces Juan accedió a bautizarlo.

Al salir Jesús del agua, una vez bautizado, se le abrieron los cielos y vio al Espíritu de Dios, que descendía sobre él en forma de paloma y oyó una voz que decía desde el cielo: “Éste es mi Hijo muy amado, en quien tengo mis complacencias”.

**Palabra del Señor. Gloria a ti, Señor Jesús.**

### **ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS**

Acepta Señor, los dones que te presentamos en la manifestación de tu Hijo muy amado, para que la oblación de tus hijos se convierta en el mismo sacrificio de aquel que quiso en su misericordia lavar los pecados del mundo. Él, que vive y reina por los siglos de los siglos.

### **PREFACIO**

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Porque mostraste en el Jordán con signos admirables el misterio del nuevo bautismo, para que, por aquella voz, venida del cielo, creyéramos que tu Palabra ya estaba habitando en nosotros y, por el Espíritu Santo, que descendió en forma de paloma, se supiera que Cristo, tu Siervo, era ungido con óleo de alegría y enviado a anunciar el Evangelio a los pobres.

Por eso, a una con los coros de ángeles, te alabamos continuamente en a tierra, aclamando sin cesar: Santo, Santo, Santo...

### **ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN Jn 1, 32. 34**

*Éste es aquél de quien Juan decía: Yo lo he visto y doy testimonio de que Él es el Hijo de Dios.*

### **ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN**

Saciados con estos sagrados dones, imploramos, Señor, tu clemencia, para que, escuchando fielmente a tu Unigénito, nos llamemos y seamos de verdad hijos tuyos. Por Jesucristo, nuestro Señor.

---

### **BIBLIA DE NAVARRA ([www.bibliadenavarra.blogspot.com](http://www.bibliadenavarra.blogspot.com))**

#### **Mira a mi siervo, a quien sostengo (Is 42,1-4.6-7)**

##### **1ª lectura**

El Señor, que ha manifestado su poder en la creación (Is 40,12-31) y que ha mostrado sus designios de salvación con los hechos realizados en la historia (Is 41,1-29), anuncia una nueva etapa en sus acciones para salvar a su pueblo. En esa tarea, desempeñará una función decisiva el «siervo del Señor», que de alguna forma asume en el texto profético el protagonismo en la manifestación y realización de los planes salvíficos. De él y de su misión se habla en cuatro pasajes distribuidos a lo largo de los caps. 42-55, que tal vez formaran parte en su origen de un único poema. Estos cuatro oráculos han sido designados habitualmente como los «Cantos del Siervo».

La mayoría de los exegetas ve en Is 42,1-9 el primer canto, o bien, la primera estrofa de este poema. Los otros tres pasajes son: Is 49,1-6; 50,4-11 y 52,13-53,12. Junto con una gran belleza

poética, los cantos presentan difíciles cuestiones de estilo y de contenido. Han sido por ello prolijamente comentados.

Hoy en día se dan fundamentalmente tres explicaciones sobre la identidad del siervo. La primera considera que el siervo es un personaje individual: bien un rey de la casa de Judá, bien el mismo profeta, o, naturalmente, un Mesías futuro, que salvará a Israel. La segunda hipótesis interpreta la figura del siervo colectivamente: el siervo representa a Israel o a un grupo dentro de él. Una tercera hipótesis piensa que el siervo es presentado intencionadamente de forma ambigua, susceptible de ser interpretado de las dos maneras antes mencionadas: como un personaje del pueblo, pero que puede simbolizar a todo Israel.

Los Evangelios y los Hechos de los Apóstoles, sin entrar en la cuestión sobre la personalidad originaria del siervo, nos revelan el verdadero sentido del texto de Isaías. Ven en cada uno de los cuatro cantos una profecía que anuncia al Mesías y que se cumple en Jesucristo. Así pues, el siervo es el futuro Mesías, representado no como rey y conquistador, sino como un salvador que trabaja y sufre. Dios lo ha elegido y su misión se caracterizará por la mansedumbre, fidelidad y constancia que será coronada por el éxito.

En este primer canto (Is 42,1-9) la figura del «siervo» resulta ciertamente misteriosa: el v. 1 le da atributos excepcionales, universales, transcendentales. Los vv. 2-3a hablan de su acción humilde; pero inmediatamente (vv. 3b-7) anuncian su fortaleza hasta «establecer el derecho en la tierra», ser «la luz de las naciones, abrir los ojos de los ciegos y sacar de la prisión a los cautivos...». Todo ello lo podrá realizar «el siervo» porque el Señor «ha puesto su Espíritu sobre él» (v. 1), es decir, se trata de alguien que ha sido elegido por Dios y cuenta con el auxilio del Espíritu del Señor en su tarea de enseñar su Ley hasta los confines de la tierra. Así pues, estas palabras podrían estar expresando de algún modo la propia conciencia del profeta de estar llevando a cabo una tarea: proclamar la palabra de Dios, que él no ha buscado sino que le ha sido encomendada. Pero también pueden representar en el siervo a todo el pueblo de Israel (cfr 41,8): éste ha sido objeto de la elección divina para dar testimonio a todos los hombres, pacíficamente, de la Ley recibida del Señor

Los Evangelios han interpretado los rasgos característicos del siervo presentes en este primer canto como un vaticinio de la figura de Jesús, objeto de la más plena complacencia del Padre, que en la unidad del Espíritu Santo es verdaderamente luz para todas las naciones y liberador de todos los oprimidos. Así por ejemplo, en los relatos del Bautismo de Jesús en el Jordán y de la Transfiguración resuenan estos rasgos en la voz divina: «Éste es mi Hijo, el amado, en quien me he complacido» (Mt 3,17); «Éste es mi Hijo, el elegido, escuchadle» (Lc 9,35). Por otra parte, el Evangelio de Mateo, que tiene especial interés en señalar que en Jesús se han cumplido las Escrituras, cita explícitamente los vv. 2-4 de este oráculo de Isaías para mostrar que en Jesús se cumple la profecía del siervo, rechazado por los dirigentes del pueblo, cuyo magisterio amable y discreto había de traer al mundo la luz de la verdad (Mt 12,15-21). Y la misión de Jesús, como «siervo sufriente», que había comenzado con el Bautismo en el Jordán (cfr Mt 3,17), vuelve a mostrarla San Mateo al narrar la oposición que encuentra Jesús entre una parte de los dirigentes judíos, y volverá a señalarla de manera especial en su pasión y muerte (cfr Mt 27,30).

Por otra parte, la fórmula «luz de las naciones (o de las gentes)» del v. 6 parece tener un eco en lo que Jesús dice de sí mismo: «Yo soy la luz del mundo» (Jn 8,12; 9,5), y en el Benedictus de Zacarías (Lc 1,78-79). Evocación de las frases del v. 7 se encuentra en la respuesta de Jesús a los enviados de Juan Bautista al preguntarle si Él «es el que había de venir» (cfr Mt 11,4-6; Lc 7,18-22). Por eso dirá San Justino, comentando los vv. 6-7: «Todo esto, amigos, está dicho con relación a Cristo y a las naciones por Él iluminadas» (*Dialogus cum Tryphone* 122,2).

La Iglesia, en el Concilio Vaticano II, reconoce su responsabilidad de trabajar para que Cristo se manifieste verdaderamente como «luz de las naciones» (v. 6) en todo tiempo y lugar: «Cristo es la luz de los pueblos. Por eso este sacrosanto Sínodo, reunido en el Espíritu Santo, desea vehementemente iluminar a todos los hombres con la luz de Cristo, que resplandece sobre el rostro de la Iglesia, anunciando el Evangelio a todas las criaturas (cfr Mc 16,15)» (*Lumen gentium*, n.1).

### **A Jesús de Nazaret lo ungió Dios con el Espíritu Santo y poder (Hch 10,34-38)**

#### **2ª lectura**

La conversión del centurión pagano Cornelio al cristianismo es uno de los puntos culminantes del libro de los Hechos de los Apóstoles. Manifiesta la dimensión universal del Evangelio y hace ver que la fuerza del Espíritu Santo no conoce límites ni barreras. Por ello, como en otras ocasiones, Lucas lo narra dos veces: en este capítulo, según el orden de los acontecimientos y con muchos detalles que subrayan y ayudan a entender los puntos fundamentales, y en el siguiente (Hch 11,1-18), según la justificación de Pedro ante los hermanos de Jerusalén.

Al comienzo de este capítulo se había presentado a Cornelio como hombre piadoso y «temeroso de Dios» (Hch 10,2.4). Esta expresión posee un valor preciso y se usaba para designar a las personas que adoraban al Dios de la Biblia, participaban en las plegarias de la sinagoga (cfr 13,16), y practicaban los principales mandamientos de la Ley judía, aun sin convertirse formalmente al judaísmo mediante la circuncisión.

Después la atención se había desplazado hacia Pedro, quien recibe dos mandatos del Espíritu Santo: comer de los animales que se le presentan en la visión (cfr Hch 13-15) y acompañar a los que han venido a buscarle (cfr v. 20). En casa de Cornelio, Pedro comprende con profundidad que ha sido Dios quien ha guiado todos sus pasos (vv. 28-29). Cuando oye la explicación del centurión (vv. 30-33) entiende (v. 34) el pleno significado de lo que había oído en la enseñanza de Jesús y se da cuenta de que, en los planes salvadores de Dios, judíos y paganos son iguales. Este descubrimiento sencillo y capital ha requerido una especial intervención divina.

Sin embargo, la acción del Espíritu Santo va más lejos que la de los hombres. A Cornelio el ángel sólo le había dicho que mandara venir a Pedro y escuchara sus palabras (vv. 5.22.33) y por eso Pedro, en un apretado discurso, síntesis de todo el Evangelio (vv. 37-43), predica la verdad de Cristo Jesús.

### **Bautismo de Jesús (Mt 3,13-17)**

#### **Evangelio**

¿Por qué Jesús debía pasar por este bautismo si no tenía pecado que purificar (cfr Hb 4,15)? Tampoco los evangelistas soslayan esta dificultad. Las palabras de Juan el Bautista, con su resistencia a bautizar a Jesús (Mt 3,14), lo indican también. Pero ni los evangelios ni la tradición cristiana, que está en su origen y que les sigue, omitieron el relato.

La narración deja entrever que Jesús, al acudir al bautismo de Juan, manifiesta que también Él secunda el plan dispuesto por Dios de preparar a su pueblo por medio de los profetas. De este modo el Señor cumple «toda justicia» (v. 15), es decir, todo lo establecido por Dios. Como enseña el *Catecismo de la Iglesia Católica*, el Bautismo de Jesús representa «la aceptación y la inauguración de su misión de Siervo doliente» (n. 536). Es decir, Jesús es el Siervo anunciado por el profeta Isaías, que, como Cordero llevado al matadero, acepta mansa y humildemente la misión que el Padre le encomienda.

Jesús se hace bautizar prefigurando con ello su bautismo de sangre, su muerte en la cruz, para la remisión de los pecados. Por amor se somete por completo a la voluntad del Padre, y el Padre se conmueve y acepta complacido la ofrenda de su Hijo (v. 17).

La incoación de la misión de Cristo —su muerte por nuestros pecados, para que podamos resucitar a una vida nueva— significada en el pasaje hizo del Bautismo de Cristo signo de nuestro bautismo. Así lo recoge la doctrina cristiana: «Por el bautismo, el cristiano se asimila sacramentalmente a Jesús que anticipa en su bautismo su muerte y su resurrección: debe entrar en este misterio de rebajamiento humilde y de arrepentimiento, descender al agua con Jesús, para subir con él, renacer del agua y del Espíritu para convertirse, en el Hijo, en hijo amado del Padre y “vivir una vida nueva” (Rm 6,4)» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 537).

---

**SAN JUAN CRISÓSTOMO ([www.iveargentina.org](http://www.iveargentina.org))**

*Vino Jesús de Galilea al Jordán y se presentó a Juan para ser bautizado por él (Mt 3, 13).*

Se acerca para ser bautizado entre los siervos el Señor, entre los reos el juez. Pero no te espantes. Porque en estas humildes cosas es en donde más resplandece su alteza. Quien soportó ser llevado por tanto tiempo en el vientre virginal; y luego salió de ahí revestido de nuestra naturaleza; quien soportó ser herido con bofetadas y ser crucificado y padecer todo lo que padeció ¿por qué te admiras de que haya dignado bautizarse y acercarse a su siervo, juntamente con los demás? Lo estupendo fue que siendo Dios quisiera hacerse hombre; puesto que lo demás por correcta lógica se sigue.

Por esto Juan al punto exclamó que no era digno de desatar la correa de sus sandalias y añadió todo lo demás: que es juez, que da a cada uno conforme a sus merecimientos y que dará con abundancia su Espíritu a todos. Y lo hizo para que cuando veas a Jesús acercarse al bautismo, no concibas sospechas de bajeza alguna. Y en cuanto lo tuvo presente, trató de detenerlo e impedirselo y decía: *Yo soy quien debo ser bautizado por ti y ¿tú vienes a mí?* Como su bautismo era para penitencia y llevaba consigo la acusación de los pecados, a fin de que no fuera a pensar alguno que por tales motivos se acercaba Jesús al Jordán corrige semejante pensamiento llamándolo Cordero y Redentor de los pecadores de todo el orbe. Porque quien puede borrar los pecados de todo el género humano, con mucha mayor razón él mismo debe ser impecable.

Y no dijo Juan: He aquí al impecable, sino lo que es mucho más: *El que quita el pecado del mundo*. Para que después de esto aceptaras tú también lo otro con plena certidumbre y vieras que él se acerca al bautismo llevando a cabo otros planes. Por esto al acercarse Jesús, le dice: *Soy yo quien debe ser bautizado por ti ¿y tú vienes a mí?* Y no dijo: ¿y tú eres bautizado por mí? Temió expresarse de ese modo. Sino ¿qué? ¿Y tú vienes a mí? Y ¿qué hace Cristo? Hizo entonces lo que más tarde haría con Pedro. Porque también Pedro lo apartaba de lavarle los pies. Pero cuando oyó: Lo que yo hago no lo sabes ahora, pero lo sabrás después, y no tendrás parte conmigo, al punto cesó en su oposición y cambió de parecer. Pues acá sucedió lo mismo. En cuanto Juan oyó: *Déjame hacer ahora, pues conviene que cumplamos toda justicia*, al punto obedeció. Porque ni él ni Pedro eran rijosos ni pertinaces; sino que ambos juntaban el amor con la obediencia y cuidaban de obedecer en todo al Señor.

Pondera en qué forma lo induce a obedecer. Se vale de la misma razón por la que Juan creía no ser conveniente hacerlo. Pues no le dijo: esto es justo, sino: así conviene. Puesto que Juan pensaba ser del todo inconveniente que el Señor fuera bautizado por el siervo, Jesús le opuso esto mismo; como si le dijera: ¿No es verdad que lo rehúyes y me apartas por parecerte cosa indigna? Pues

precisamente déjame, porque esto es lo más conveniente y honroso. Ni le dijo solamente déjame, sino que añadió ahora. Como diciendo: esto no será para siempre, pues me verás en el estado que deseas, pero por ahora has de esperar. Enseguida le demuestra por qué es conveniente. ¿Cómo pues es lo conveniente? Porque así cumplimos toda la ley, que es lo que significa al decir toda justicia.

Porque la justicia consiste en la observancia de todos los mandatos. Como si dijera: Puesto que ya hemos cumplido con todos los otros mandatos de la Ley y sólo falta éste, conviene que también éste se cumpla. He venido para deshacer la maldición impuesta a los transgresores de la Ley. Conviene, pues, que yo mismo, una vez que la haya cumplido íntegramente y os haya librado de la maldición, luego la abroge. De manera que conviene que yo cumpla toda la ley, por ser necesario que borre la maldición escrita en la Ley contra vosotros. Para eso me encarné; para eso me presento.

Entonces Juan condescendió. Bautizado Jesús salió luego del agua. *Y he aquí que vio abrírsele los cielos y al Espíritu de Dios descender como paloma y venir sobre él.* Como las turbas creían ser Juan superior a Jesús, por haber vivido perpetuamente en el desierto, por ser hijo de un sacerdote, por las formas de vestir, porque a todos llamaba al bautismo y porque había nacido milagrosamente de una mujer estéril; mientras que Jesús había nacido de una oscura doncella —pues el parto, quedando ella virgen, aún no era conocido de todos— y además se había criado en su casa y conversado con todos y andaba vestido al uso común, todos lo tenían por muy inferior a Juan, pues nada conocían aún de los secretos arcanos de Dios. Sucedió, pues, que fuera bautizado por Juan, cosa que confirmó a las turbas en su opinión, aun independientemente de las otras circunstancias enumeradas. Pensaban que era uno de tantos, ya que, de no serlo, no habría concurrido con las turbas para ser bautizado. Pero Juan pensaba ser aquél un ser superior y muy más admirable.

A fin de que no tomara cuerpo y fuerza entre muchos semejante creencia, cuando Jesús fue bautizado se abrieron los cielos y bajó el Espíritu Santo; y juntamente con el Espíritu Santo una voz que manifestaba la dignidad del Unigénito. Y porque semejante voz, que decía Este es mi Hijo, el amado, muchos creían que más convenía a Juan, pues no decía: Este que es bautizado, sino solamente este, con lo que cada uno de los oyentes podía sospechar que se había dicho en favor del bautizante y no del bautizado, ya por la dignidad misma de Juan, ya por las demás circunstancias apuntadas, por tal motivo bajó el Espíritu Santo en forma de paloma, para hacer que aquella voz se refiriera a Jesús y declarara a todos cómo la palabra este no se decía de Juan, que bautizaba, sino de Jesús que era bautizado.

Preguntarás por qué ni con todo esto creyeron. Pues también en tiempo de Moisés se obraron muchos milagros, aunque no tan brillantes, y sin embargo tras de todos ellos, tras del sonido de la trompeta y de los relámpagos y de los truenos, todavía se fabricaron un becerro y se iniciaron en los misterios de Baal Fegor. Y los mismos que se hallaron presentes y vieron la resurrección de Lázaro, estuvieron tan lejos de creer en quien lo había resucitado, que aun intentaron matar a Lázaro varias veces. Si pues teniendo ante los ojos la resurrección de los muertos, tan incrédulos y perversos perseveraban ¿cómo te admiras de que no dieran crédito a la voz aquella bajada de lo alto? Cuando el alma es malvada y perversa y anda enferma de envidia, no cede ante ningún milagro; al contrario de cuando es buena, pues en este caso todo lo cree y todo lo acepta y ni siquiera necesita de milagros.

De modo que no investigues por qué no creyeron. Tendrías que investigarlo si no se hubieran dado tantas pruebas que debían llevarlos a creer. Dios por boca del profeta, además de todas las cosas que tenía en su favor, añadió esta defensa. Pues habían de perecer los judíos y de ser condenados a eternos castigos, con el objeto de que algunos de ellos por su perversidad no acusaran a la divina providencia, dijo: *¿Qué más podía yo hacer por mi viña que no lo hiciera?* La misma consideración se aplica aquí: *¿Qué más era necesario hacer que no se hiciera?* Y si alguna vez te

hablan contra la providencia de Dios, usa tú de este modo de defensa contra los que se empeñan en acusarla por los crímenes de muchos. Pondera bien qué cosas tan admirables se llevan a cabo y son ya como el principio de lo que sucederá en lo futuro. Pues no se abre el paraíso, sino el cielo mismo.

Pero, en fin, dejemos este discurso contra los judíos para otra ocasión. Ahora, con el auxilio divino, vuelva la explicación a la materia de que veníamos tratando. Y bautizado Jesús, salió luego del agua. Y he aquí que vio abrirse los cielos. Para que aprendas que lo mismo sucede cuando tú eres bautizado, pues Dios te llama a la patria celestial y te persuade a que ya nada de común tengas con la tierra. Y aunque no lo veas, no le niegues tu fe. A los principios siempre se muestran visiones de cosas admirables y espirituales, que impresionan los sentidos, y milagros como los ya referidos. Esto se hace por motivo de ser los hombres cerrados a esas materias y tener necesidad de las visiones sensibles. Porque no pueden concebir alguna idea de la naturaleza incorpórea, sino sólo admiran lo que les llega por los sentidos. De manera que aun cuando más adelante semejantes visiones ya no tengan lugar, sin embargo, las que se les mostraron al principio y otras a éstas semejantes, los llevan a dar fe a las cosas incorpóreas.

Así sobre la cabeza de los apóstoles se produjo un ruido penetrante de viento y aparecieron figuras como de lenguas de fuego; y esto no por los apóstoles únicamente, sino también por los judíos que estaban presentes. Pero aunque ahora ya no se den esos signos sensibles, nosotros creemos las verdades que por los que se hicieron quedaron demostradas. En nuestro caso, se dejó ver una paloma, para demostrar como con el dedo a Juan y a los que se hallaban presentes que Jesús era Hijo de Dios; pero también para que tú creyeras que sobre ti, al ser bautizado, desciende el Espíritu Santo.

Para nosotros, en resumidas cuentas, no hay necesidad de visiones sensibles, pues la fe basta en lugar de ellas: los milagros se hacen en bien de los infieles y no de los que ya creen. Preguntarás: ¿por qué el Espíritu Santo desciende en figura de paloma? Pues por ser la paloma un animal manso y puro. Siendo el Espíritu Santo Espíritu de mansedumbre, se apareció en esa figura. Por lo demás, con eso nos trae a la memoria una historia antigua. Cuando allá en otro tiempo, por haber caído el orbe en un universal naufragio, estaba en peligro todo el género humano, entonces se mostró esta ave y dio a entender el fin de la tempestad; y portando un ramo de olivo, anunció la tranquilidad a todo el orbe de la tierra. Pues bien: todo ello era figura de lo futuro.

En aquel tiempo los hombres eran de peor condición y merecían un castigo mucho mayor. En cambio ahora, para que no desesperes, la paloma te trae a la memoria esa historia antigua. Entonces, cuando ya no había esperanza alguna, sin embargo se obtuvo un éxito de enmienda. Pues lo que entonces se obró mediante el castigo, ahora se hace mediante la gracia y con un don inefable. Por esto aparece la paloma, no portando en su pico un ramo de olivo, sino demostrándonos al Liberador de todos los males y trayéndonos la buena esperanza. Ni saca del arca a un solo hombre; sino que, al mostrarse levanta al cielo a todo el mundo y trae al orbe no un ramo de olivo, sino la adopción de hijos de Dios.

Considerando, por tanto, la grandeza del don, no porque en tal figura se presente vayas a creer que es menor en dignidad, porque oigo a algunos que dicen haber tan gran diferencia entre el hombre y la paloma, cuanta hay entre Cristo y el Espíritu Santo. Porque Cristo se manifestó habiendo tomado nuestra figura, pero el Espíritu Santo lo hizo en forma de paloma. ¿Qué responderemos a esto? Que ciertamente Jesús asumió la naturaleza humana; pero el Espíritu Santo no asumió la naturaleza de la paloma. Por eso dijo el evangelista no que apareció en naturaleza de paloma sino en figura. Ni fue visto en semejante figura en alguna otra ocasión, sino sólo en ésta.



Si te empeñas en que por eso era menor, con semejante argumento también serán mayores que él los querubines; y tanto más cuanto más lo es una águila grande a una paloma. Porque en el Antiguo Testamento, los querubines tomaron figura de águila. Y aun los ángeles le serían superiores en excelencia, ya que éstos frecuentemente se mostraron en figura de hombres. Pero ¡no! ¡no van por ahí las cosas! Pues una es la verdad de las divinas disposiciones y otra la concesión de las temporales visiones. No seas, pues, ingrato a tu Bienhechor, ni le resultes con pagos contrarios a sus intentos, a quien te dio la fuente de la bienaventuranza; puesto que en donde se encuentra la dignidad de la adopción de hijos, de ahí se excluyen todos los males y es el regalo de todos los bienes.

Por eso queda abrogado el bautismo judío y comienza el nuestro. Lo que sucedió en la Pascua eso mismo sucedió en el bautismo. Celebró Jesús ambas Pascuas, abrogando una y dando comienzo a la otra. Y cuando cumplió con el bautismo judío, abrió las puertas al de la Iglesia. Y así como allá en una mesa hizo todo, así acá en un solo río, imitando la sombra y figura antigua, pero añadiéndole la verdad y realización. Solamente el nuevo bautismo contiene la gracia del Espíritu Santo. El bautismo de Juan no contenía semejante don.

Por esto, aunque todos se bautizaban, no hubo en ellos aquella visión, sino en Aquel que había de darnos el don del Espíritu Santo. Y esto para que además de las dichas enseñanzas aprendas también esta otra: que aquel milagro no lo obró la pureza del que bautizaba sino la virtud del bautizado. Y entonces se abrieron los cielos y descendió el Espíritu Santo. Ahora Jesucristo nos aparta del antiguo modo de vivir y nos traslada a otro nuevo; abriendo las puertas del cielo y enviando desde allí para nosotros el Espíritu Santo que nos llama hacia la patria aquella; y que no sólo nos llama, sino que lo hace con suma dignidad. No nos hizo ángeles ni arcángeles, sino hijos amados de Dios; y de este modo nos atrae a semejante herencia.

Considerando todo esto, se hace necesario que lleves una vida digna del amor del que te llama y de aquella celestial compañía y del honor que te confiere: muéstrate crucificado al mundo; y teniendo al mundo crucificado en ti, lleva una forma de vivir celestial diligentísimamente. No pienses que algo de común con lo terreno tienes acá por el hecho de que tu cuerpo viva aún sobre la tierra y no ha sido aún trasladado al cielo. Ya está en el cielo tu cabeza y tiene allá su trono. Por esto el Señor, cuando acá vino, trajo consigo ángeles; y luego, tomada tu naturaleza, se regresó allá, para que aprendas que bien puedes vivir en la tierra como si fuera el cielo.

Procuremos conservar nuestra nobleza, la que desde los comienzos recibimos; y busquemos diariamente los palacios reales de allá arriba y reputemos todo lo presente como sombras y ensueños. Si un rey terreno de pronto a ti, mendigo y pobre, te adoptara por hijo, no volverías más los ojos a la choza y su vileza, aun cuando la choza y el palacio no distaran mucho entre sí. Pues del mismo modo, no vuelvas ya para nada tu pensamiento a las cosas pasadas: estás llamado a otras mucho mejores. Y el que te llama es el Señor de los ángeles, y los bienes que ya te ha conferido superan a toda razón y entendimiento. No te pasa de una región terrestre a otra, como el rey que suponíamos, sino de la tierra al cielo, de tu naturaleza mortal a la gloria inmortal e inefable, que sólo entonces, podremos contemplar en su claridad cuando la disfrutemos.

Y habiendo de conseguir tan grandes bienes ¿me sales con que los dineros, y te aferras a las pompas terrenas? ¿No piensas en que todo esto que cae bajo los sentidos son cosas más viles que el pan que comen los mendigos? Pero entonces ¿cómo serás tenido por digno de honra tan grande? ¿Qué podrás alegar en tu defensa? O mejor dicho: ¿qué castigos no sufrirás si tras de tan inmenso don, te vuelves al vómito antiguo? Sufrirás la pena de tus pecados debida no a un hombre sino a uno que había sido hecho hijo de Dios. La alteza del honor te abrirá camino pata un suplicio mayor.

Nosotros no sujetamos a un castigo igual cuando delinquen a los criados y a los hijos, ya que éstos han recibido de nosotros los más grandes beneficios.

Si Adán, que había recibido en propiedad el paraíso, por haber pecado una vez sufrió, después de tan alto honor, males tan tremendos, nosotros que recibimos en herencia el cielo y hemos sido hechos coherederos del Unigénito Hijo de Dios ¿qué perdón tendremos, si abandonamos la paloma y corremos tras la serpiente? Por cierto, no oiremos que se nos dice: *Polvo eres y al polvo volverás*, ni tampoco: *Labrarás la tierra*, ni alguna otra de aquellas maldiciones en otro tiempo lanzadas; sino cosas mucha más duras que éstas, como ir a las tinieblas exteriores y a las cadenas indisolubles y al gusano venenoso y al rechinar de dientes. Y con justa razón. Porque quien no mejora ni aun después de tan grande beneficio, justo es que sea con, gravísimas penas castigado.

En otro tiempo Elías abrió y cerró los cielos, de tal modo que podía a su voluntad dejar hacer o estorbar la lluvia. En cambio para ti el cielo no se abre en esa forma, sino para que subas a él; y, lo que más es, no únicamente para que subas, sino amera que lleves a otros contigo, si quieres; pues tan enteramente se fio de ti y te dio poder sobre todo lo suyo. Siendo, pues, allá nuestro hogar, depositemos allá nuestros haberes: nada dejemos acá para no perderlo. Acá, aun cuando uses la llave y cierres la puerta y le pongas barras atravesadas y coloques un sin fin de siervos que vigilen y escapes de todos los que te asechan y evites las miradas de todos los que te envidian y la polilla y el daño de la vejez (cosa que en realidad no puedes lograr), sin embargo, no podrás escapar de la muerte; y en un solo momento serás despojado de todo. Ni sólo se te despojará de tus cosas, sino que muchas veces irán a manos de tus enemigos. Pero si las colocas en aquella eterna habitación, habrás superado todos los peligros. Allá no hay que usar de llaves, ni de puertas, ni de travesaños: tan segura y fortificada está aquella ciudad; tan inexpugnable es el lugar; tan inasequible a cuanto significa corrupción o perversidad.

¿No es acaso el colmo de la locura acumular todos nuestros bienes en un sitio en que sabemos que se van a corromper y destruir; y en cambio no depositar ni siquiera una mínima parte allá en donde permanecen intactos y aún se aumentan; sobre todo teniendo en cuenta que allá habremos de vivir para siempre? Los gentiles niegan por esto su fe a lo que les decimos, porque exigen de nosotros las pruebas mediante los hechos y no por solas palabras. Cuando ven que nos construimos espléndidas casas, huertos, baños, y compramos campos, en forma alguna se persuaden de que estemos nosotros preparando nuestra marcha hacia otra ciudad. Si fuera así, dicen, se adelantarían a colocar allá cuanto poseen reduciéndolo a plata: y lo conjeturan por lo que acá suele suceder.

Observamos, en efecto, que los más ricos se procuran casas, campos y las demás comodidades que desean, allá en las poblaciones en donde quieren establecerse. Pero nosotros procedemos al, contrario. Nos aferramos empeñosamente en poseer una tierra que muy pronto tendremos que abandonar; y no sólo dineros, sino la sangre misma la derrochamos peleando por unas cuantas yugadas de terreno y algunas casas; mientras que para ganar el cielo no queremos emplear ni aun lo superfluo; y eso que a bajo precio se compra el cielo, mientras que si lo adquirimos es posesión eterna. Por tal motivo, sufriremos los más graves castigos si llegamos allá pobres y desnudos de buenas obras; y más aún que por nuestra pobreza, por haber arrojado a la misma miseria a otros, caeremos en intolerables calamidades.

Cuando vean los gentiles a los que andan empeñados en semejantes anhelos que disputan acerca de los misterios sublimes, se aferrarán más a las cosas presentes y aumentarán sobre nosotros y nuestras cabezas un fuego ingente. Porque si nosotros, que debemos enseñarles el desprecio de las cosas presentes, andamos anhelándolas más que todos los otros ¿cómo procuraremos la salvación de los demás, cuando al revés, deberemos sufrir las penas por la ruina de los demás? ¿No oyes a Cristo

que dice que nos ha dejado en este mundo como sal de la tierra y como lámpara para que amonestemos a quienes se entregan a los placeres e iluminemos a los que andan ciegos con el ansia de las riquezas? Pues si los lanzamos a más oscuras tinieblas, si los tornamos más muelles ¿qué esperanza nos queda de salvación? ¡Ninguna! Sino que deshechos en llanto, rechinando los dientes, ligados de pies y manos, seremos lanzados al fuego de la gehenna, tras de habernos consumido totalmente la solicitud de las riquezas.

Considerando todo esto, rompamos los lazos de semejante engaño, no sea que demos en lo que nos ha de entregar al fuego inextinguible. Quien sirve a las riquezas con cadenas estará atado en esta vida y con cadenas estará atado en la otra. Quien está libre de semejantes codicias, poseerá aquí y allá ambas libertades. Libertades que para poder conseguirlas se hace necesario romper el pesado yugo de la avaricia y esforzarse en levantar el vuelo hacia los cielos, por gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

*(Homilías sobre el Evangelio de San Mateo, Homilía XII)*

---

## **FRANCISCO – Catequesis 2014 y Homilía 2015**

### **Catequesis del 8 de enero de 2014**

#### **El Bautismo es un acto que toca en profundidad nuestra existencia**

*Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!*

Hoy iniciamos una serie de catequesis sobre los Sacramentos, y la primera se refiere al Bautismo. Por una feliz coincidencia, el próximo domingo se celebra precisamente la fiesta del Bautismo del Señor.

El Bautismo es el sacramento en el cual se funda nuestra fe misma, que nos injerta como miembros vivos en Cristo y en su Iglesia. Junto a la Eucaristía y la Confirmación forma la así llamada «Iniciación cristiana», la cual constituye como un único y gran acontecimiento sacramental que nos configura al Señor y hace de nosotros un signo vivo de su presencia y de su amor.

Puede surgir en nosotros una pregunta: ¿es verdaderamente necesario el Bautismo para vivir como cristianos y seguir a Jesús? ¿No es en el fondo un simple rito, un acto formal de la Iglesia para dar el nombre al niño o a la niña? Es una pregunta que puede surgir. Y a este punto, es iluminador lo que escribe el apóstol Pablo: «¿Es que no sabéis que cuantos fuimos bautizados en Cristo Jesús fuimos bautizados en su muerte? Por el Bautismo fuimos sepultados con Él en la muerte, para que, lo mismo que Cristo resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en una vida nueva» (Rm 6, 3-4). Por lo tanto, no es una formalidad. Es un acto que toca en profundidad nuestra existencia. Un niño bautizado o un niño no bautizado no es lo mismo. No es lo mismo una persona bautizada o una persona no bautizada. Nosotros, con el Bautismo, somos inmersos en esa fuente inagotable de vida que es la muerte de Jesús, el más grande acto de amor de toda la historia; y gracias a este amor podemos vivir una vida nueva, no ya en poder del mal, del pecado y de la muerte, sino en la comunión con Dios y con los hermanos.

Muchos de nosotros no tienen el mínimo recuerdo de la celebración de este Sacramento, y es obvio, si hemos sido bautizados poco después del nacimiento. He hecho esta pregunta dos o tres veces, aquí, en la plaza: quien de vosotros sepa la fecha del propio Bautismo, que levante la mano. Es importante saber el día que fui inmerso precisamente en esa corriente de salvación de Jesús. Y me permito daros un consejo. Pero más que un consejo, una tarea para hoy. Hoy, en casa, buscad,

preguntad la fecha del Bautismo y así sabréis bien el día tan hermoso del Bautismo. Conocer la fecha de nuestro Bautismo es conocer una fecha feliz. El riesgo de no conocerla es perder la memoria de lo que el Señor ha hecho con nosotros; la memoria del don que hemos recibido. Entonces acabamos por considerarlo sólo como un acontecimiento que tuvo lugar en el pasado —y ni siquiera por voluntad nuestra, sino de nuestros padres—, por lo cual no tiene ya ninguna incidencia en el presente. Debemos despertar la memoria de nuestro Bautismo. Estamos llamados a vivir cada día nuestro Bautismo, como realidad actual en nuestra existencia. Si logramos seguir a Jesús y permanecer en la Iglesia, incluso con nuestros límites, con nuestras fragilidades y nuestros pecados, es precisamente por el Sacramento en el cual hemos sido convertidos en nuevas criaturas y hemos sido revestidos de Cristo. Es en virtud del Bautismo, en efecto, que, liberados del pecado original, hemos sido injertados en la relación de Jesús con Dios Padre; que somos portadores de una esperanza nueva, porque el Bautismo nos da esta esperanza nueva: la esperanza de ir por el camino de la salvación, toda la vida. Esta esperanza que nada ni nadie puede apagar, porque, la esperanza no defrauda. Recordad: la esperanza en el Señor no decepciona. Gracias al Bautismo somos capaces de perdonar y amar incluso a quien nos ofende y nos causa el mal; logramos reconocer en los últimos y en los pobres el rostro del Señor que nos visita y se hace cercano. El Bautismo nos ayuda a reconocer en el rostro de las personas necesitadas, en los que sufren, incluso de nuestro prójimo, el rostro de Jesús. Todo esto es posible gracias a la fuerza del Bautismo.

Un último elemento, que es importante. Y hago una pregunta: ¿puede una persona bautizarse por sí sola? Nadie puede bautizarse por sí mismo. Nadie. Podemos pedirlo, desearlo, pero siempre necesitamos a alguien que nos confiera en el nombre del Señor este Sacramento. Porque el Bautismo es un don que viene dado en un contexto de solicitud y de compartir fraterno. En la historia, siempre uno bautiza a otro y el otro al otro... es una cadena. Una cadena de gracia. Pero yo no puedo bautizarme a mí mismo: debo pedir a otro el Bautismo. Es un acto de fraternidad, un acto de filiación en la Iglesia. En la celebración del Bautismo podemos reconocer las líneas más genuinas de la Iglesia, la cual como una madre sigue generando nuevos hijos en Cristo, en la fecundidad del Espíritu Santo.

Pidamos entonces de corazón al Señor poder experimentar cada vez más, en la vida de cada día, esta gracia que hemos recibido con el Bautismo. Que al encontrarnos, nuestros hermanos puedan hallar auténticos hijos de Dios, auténticos hermanos y hermanas de Jesucristo, auténticos miembros de la Iglesia. Y no olvidéis la tarea de hoy: buscar, preguntar la fecha del propio Bautismo. Como conozco la fecha de mi nacimiento, debo conocer también la fecha de mi Bautismo, porque es un día de fiesta.

\*\*\*

### **Catequesis del 15 de enero de 2014**

#### **El Bautismo nos convierte en miembros del Cuerpo de Cristo y del Pueblo de Dios**

*Queridos hermanos y hermanas:*

El miércoles pasado hemos comenzado un breve ciclo de catequesis sobre los Sacramentos, comenzando por el Bautismo. Y en el Bautismo quisiera centrarme también hoy, para destacar un fruto muy importante de este Sacramento: el mismo nos convierte en miembros del Cuerpo de Cristo y del Pueblo de Dios. Santo Tomás de Aquino afirma que quien recibe el Bautismo es incorporado a Cristo casi como su mismo miembro y es agregado a la comunidad de los fieles (cf. *Summa Theologiae*, III, q. 69, a. 5; q. 70, a. 1), es decir, al Pueblo de Dios. En la escuela del Concilio

Vaticano II, decimos hoy que el Bautismo nos hace entrar en el Pueblo de Dios, nos convierte en miembros de un Pueblo en camino, un Pueblo que peregrina en la historia.

En efecto, como de generación en generación se transmite la vida, así también de generación en generación, a través del renacimiento en la fuente bautismal, se transmite la gracia, y con esta gracia el Pueblo cristiano camina en el tiempo, como un río que irriga la tierra y difunde en el mundo la bendición de Dios. Desde el momento en que Jesús dijo lo que hemos escuchado en el Evangelio, los discípulos fueron a bautizar; y desde ese tiempo hasta hoy existe una cadena en la transmisión de la fe mediante el Bautismo. Y cada uno de nosotros es un eslabón de esa cadena: un paso adelante, siempre; como un río que irriga. Así es la gracia de Dios y así es nuestra fe, que debemos transmitir a nuestros hijos, transmitir a los niños, para que ellos, cuando sean adultos, puedan transmitirla a sus hijos. Así es el Bautismo. ¿Por qué? Porque el Bautismo nos hace entrar en este Pueblo de Dios que transmite la fe. Esto es muy importante. Un Pueblo de Dios que camina y transmite la fe.

En virtud del Bautismo nos convertimos en discípulos misioneros, llamados a llevar el Evangelio al mundo (cf. Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 120). «Cada uno de los bautizados, cualquiera que sea su función en la Iglesia y el grado de ilustración de su fe, es un agente evangelizador... La nueva evangelización debe implicar un nuevo protagonismo» (ibid.) de todos, de todo el pueblo de Dios, un nuevo protagonismo de cada uno de los bautizados. El Pueblo de Dios es un Pueblo discípulo —porque recibe la fe— y misionero —porque transmite la fe—. Y esto hace el Bautismo en nosotros: nos dona la Gracia y transmite la fe. Todos en la Iglesia somos discípulos, y lo somos siempre, para toda la vida; y todos somos misioneros, cada uno en el sitio que el Señor le ha asignado. Todos: el más pequeño es también misionero; y quien parece más grande es discípulo. Pero alguno de vosotros dirá: «Los obispos no son discípulos, los obispos lo saben todo; el Papa lo sabe todo, no es discípulo». No, incluso los obispos y el Papa deben ser discípulos, porque si no son discípulos no hacen el bien, no pueden ser misioneros, no pueden transmitir la fe. Todos nosotros somos discípulos y misioneros.

Existe un vínculo indisoluble entre la dimensión mística y la dimensión misionera de la vocación cristiana, ambas radicadas en el Bautismo. «Al recibir la fe y el bautismo, los cristianos acogemos la acción del Espíritu Santo que lleva a confesar a Jesús como Hijo de Dios y a llamar a Dios “Abba”, Padre. Todos los bautizados y bautizadas... estamos llamados a vivir y transmitir la comunión con la Trinidad, pues la evangelización es un llamado a la participación de la comunión trinitaria» (*Documento conclusivo de Aparecida*, n. 157).

Nadie se salva solo. Somos comunidad de creyentes, somos Pueblo de Dios y en esta comunidad experimentamos la belleza de compartir la experiencia de un amor que nos precede a todos, pero que al mismo tiempo nos pide ser «canales» de la gracia los unos para los otros, a pesar de nuestros límites y nuestros pecados. La dimensión comunitaria no es sólo un «marco», un «contorno», sino que es parte integrante de la vida cristiana, del testimonio y de la evangelización. La fe cristiana nace y vive en la Iglesia, y en el Bautismo las familias y las parroquias celebran la incorporación de un nuevo miembro a Cristo y a su Cuerpo que es la Iglesia (cf. *ibid.*, n. 175 b).

A propósito de la importancia del Bautismo para el Pueblo de Dios, es ejemplar la historia de la comunidad cristiana en Japón. Ésta sufrió una dura persecución a inicios del siglo XVII. Hubo numerosos mártires, los miembros del clero fueron expulsados y miles de fieles fueron asesinados. No quedó ningún sacerdote en Japón, todos fueron expulsados. Entonces la comunidad se retiró a la clandestinidad, conservando la fe y la oración en el ocultamiento. Y cuando nacía un niño, el papá o la mamá, lo bautizaban, porque todos los fieles pueden bautizar en circunstancias especiales. Cuando, después de casi dos siglos y medio, 250 años más tarde, los misioneros regresaron a Japón,

miles de cristianos salieron a la luz y la Iglesia pudo reflorar. Habían sobrevivido con la gracia de su Bautismo. Esto es grande: el Pueblo de Dios transmite la fe, bautiza a sus hijos y sigue adelante. Y conservaron, incluso en lo secreto, un fuerte espíritu comunitario, porque el Bautismo los había convertido en un solo cuerpo en Cristo: estaban aislados y ocultos, pero eran siempre miembros del Pueblo de Dios, miembros de la Iglesia. Mucho podemos aprender de esta historia.

\*\*\*

### **Homilía del 11 de enero de 2015**

#### **El Bautismo nos introduce en el cuerpo de la Iglesia**

Hemos escuchado en la primera lectura que el Señor se preocupa por sus hijos como un padre: se preocupa de dar a sus hijos un alimento sustancioso. A través del profeta Dios dice: “¿Por qué gastar dinero en lo que no alimenta y el salario en lo que no da hartura?” (Is 55, 2). Dios, como un buen papá y una buena mamá, quiere dar cosas buenas a sus hijos. ¿Y qué es este alimento sustancioso que nos da Dios? Es su Palabra: su Palabra nos hace crecer, nos hace dar buenos frutos en la vida, como la lluvia y la nieve hacen bien a la tierra y la hacen fecunda (cf. Is 55, 10-11). Así vosotros, padres, y también vosotros, padrinos y madrinas, abuelos, tíos, ayudaréis a estos niños a crecer bien si les dais la Palabra de Dios, el Evangelio de Jesús. ¡Y darlo también con el ejemplo! Todos los días, adquirid el hábito de leer un pasaje del Evangelio, pequeño, y llevad siempre con vosotros un pequeño Evangelio en el bolsillo, en la cartera, para poder leerlo. Y este será el ejemplo para los hijos, ver a papá, a mamá, a los padrinos, al abuelo, a la abuela, a los tíos, leer la Palabra de Dios.

Vosotras mamás dad a vuestros hijos la leche –incluso ahora, si lloran por hambre, amamantadlos, tranquilos. Damos gracias al Señor por el don de la leche, y rezamos por las madres –son muchas, lamentablemente– que no están en condiciones de dar de comer a sus hijos. Recemos y tratemos de ayudar a estas madres. Así, pues, lo que hace la leche en el cuerpo, la Palabra de Dios lo hace en el espíritu: la Palabra de Dios hace crecer la fe. Y gracias a la fe somos engendrados por Dios. Es lo que sucede en el Bautismo. Hemos escuchado al apóstol Juan: “Todo el que cree que Jesús es el Cristo ha nacido de Dios” (1Jn 5, 1). En esta fe son bautizados vuestros hijos. Hoy es vuestra fe, queridos padres, padrinos y madrinas. Es la fe de la Iglesia, en la cual estos pequeños reciben el Bautismo. Pero mañana, con la gracia de Dios, será su fe, su personal “sí” a Jesucristo, que nos dona el amor del Padre.

Decía: es la fe de la Iglesia. Esto es muy importante. El Bautismo nos introduce en el cuerpo de la Iglesia, en el pueblo santo de Dios. Y en este cuerpo, en este pueblo en camino, la fe se transmite de generación en generación: es la fe de la Iglesia. Es la fe de María, nuestra Madre, la fe de san José, de san Pedro, de san Andrés, de san Juan, la fe de los Apóstoles y de los mártires, que llegó hasta nosotros, a través del Bautismo: una cadena de transmisión de fe. ¡Es muy bonito esto! Es un pasar de mano en mano la luz de la fe: lo expresaremos dentro de un momento con el gesto de encender las velas en el gran cirio pascual. El gran cirio representa a Cristo resucitado, vivo en medio de nosotros. Vosotras, familias, tomad de Él la luz de la fe para transmitirla a vuestros hijos. Esta luz la tomáis en la Iglesia, en el cuerpo de Cristo, en el pueblo de Dios que camina en cada época y en cada lugar. Enseñad a vuestros hijos que no se puede ser cristiano fuera de la Iglesia, no se puede seguir a Jesucristo sin la Iglesia, porque la Iglesia es madre, y nos hace crecer en el amor a Jesucristo.

Un último aspecto surge con fuerza de las lecturas bíblicas de hoy: en el Bautismo somos consagrados por el Espíritu Santo. La palabra “cristiano” significa esto, significa consagrado como

Jesús, en el mismo Espíritu en el que fue inmerso Jesús en toda su existencia terrena. Él es el “Cristo”, el ungido, el consagrado, los bautizados somos “cristianos”, es decir consagrados, ungidos. Y entonces, queridos padres, queridos padrinos y madrinan, si queréis que vuestros niños lleguen a ser auténticos cristianos, ayudadles a crecer “inmersos” en el Espíritu Santo, es decir, en el calor del amor de Dios, en la luz de su Palabra. Por eso, no olvidéis invocar con frecuencia al Espíritu Santo, todos los días. “¿Usted reza, señora?” – “Sí” – “¿A quién reza?” – “Yo rezo a Dios” – Pero “Dios”, así, no existe: Dios es persona y en cuanto persona existe el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. “¿Tú a quién rezas?” – “Al Padre, al Hijo, al Espíritu Santo”. Normalmente rezamos a Jesús. Cuando rezamos el “Padrenuestro”, rezamos al Padre. Pero al Espíritu Santo no lo invocamos tanto. Es muy importante rezar al Espíritu Santo, porque nos enseña a llevar adelante la familia, los niños, para que estos niños crezcan en el clima de la Trinidad santa. Es precisamente el Espíritu quien los lleva adelante. Por ello no olvidéis invocar a menudo al Espíritu Santo, todos los días. Podéis hacerlo, por ejemplo, con esta sencilla oración: “Ven, Espíritu Santo, llena los corazones de tus fieles y enciende en ellos el fuego de tu amor”. Podéis hacer esta oración por vuestros niños, además de hacerlo, naturalmente, por vosotros mismos.

Cuando decís esta oración, sentís la presencia maternal de la Virgen María. Ella nos enseña a invocar al Espíritu Santo, y a vivir según el Espíritu, como Jesús. Que la Virgen, nuestra madre, acompañe siempre el camino de vuestros niños y de vuestras familias. Así sea.

---

**BENEDICTO XVI – [Todas las homilías en archivo aparte](#)**

---

**DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos**

### **Fiesta del Bautismo del Señor**

**131.** Con la Fiesta del Bautismo del Señor, prolongación de la Epifanía, concluye el tiempo de la Navidad y se inicia el Tiempo Ordinario. Mientras Juan bautiza a Jesús a orillas del Jordán sucede algo grandioso: los cielos se abren, se oye la voz del Padre y el Espíritu Santo desciende en forma visible sobre Jesús. Se trata de una manifestación del misterio de la Santísima Trinidad. Pero ¿por qué se produce esta visión en el momento en el que Jesús es bautizado? El homileta debe responder a esta pregunta.

**132.** La explicación está en la finalidad por la que Jesús va a Juan para que le bautice. Juan está predicando un bautismo de penitencia. Jesús recibe este signo de arrepentimiento junto a muchos otros que corren hacia Juan. En un primer momento, Juan intenta impedirlo pero Jesús insiste. Y esta insistencia manifiesta su intención: ser solidario con los pecadores. Quiere estar donde están ellos. Lo mismo expresa el apóstol Pablo, pero con un tipo de lenguaje diferente: «Al que no había pecado, Dios le hizo expiar por nuestros pecados» (2 Cor 5,21).

**133.** Y es, justamente, en este momento de intensa solidaridad con los pecadores, cuando tiene lugar la grandiosa epifanía trinitaria. La voz del Padre tronó desde el cielo, anunciando: «Tú eres mi Hijo, el amado, el predilecto». Tenemos que comprender que lo que le agrada al Padre, reside en la voluntad del Hijo de ser solidario con los pecadores. De este modo se manifiesta como Hijo de este Padre, es decir, el Padre que «tanto amó al mundo que entregó a su Hijo único» (Jn 3,16). En aquel preciso instante, el Espíritu aparece como una paloma, desciende sobre el Hijo, imprimiendo una especie de aprobación y de autorización a toda la escena inesperada.

**134.** El Espíritu que ha plasmado esta escena preparándola a lo largo de los siglos de la Historia de Israel («que habló por los profetas», como profesamos en el Credo), está presente en el homileta y en sus oyentes: abre sus mentes a una comprensión todavía más profunda de lo sucedido. El mismo Espíritu acompañó a Jesús en cada instante de su existencia terrenal, caracterizando todas sus acciones para que fueran revelación del Padre. Por tanto, podemos escuchar el texto del profeta Isaías de este día como una prolongación de las palabras del Padre en el corazón de Jesús: «Tú eres mi Hijo, el amado». Su diálogo de amor continúa: «mi elegido, a quien prefiero. Sobre Él he puesto mi espíritu... Yo, el Señor, te he llamado con justicia, te he tomado de la mano, te he formado y te he hecho alianza de un pueblo, luz de las naciones».

**135.** En el salmo responsorial de esta fiesta se escuchan las palabras del Salmo 28: «La voz del Señor está sobre las aguas». La Iglesia canta este salmo como celebración de las palabras del Padre que tenemos el privilegio de escuchar y cuya escucha marca nuestra fiesta. «Tú eres mi Hijo, el amado, el predilecto» – esta es la «voz del Señor sobre las aguas, el Señor sobre las aguas torrenciales. La voz del Señor es potente, la voz del Señor es magnífica» (Sal 28,3-4).

**136.** Después del Bautismo, el Espíritu conduce a Jesús al desierto para ser tentado por Satanás. Sucesivamente y conducido siempre por el Espíritu, Jesús va a Galilea donde proclama el Reino de Dios. Durante su maravillosa predicación, marcada por milagros prodigiosos, Jesús afirma en una ocasión: «Tengo que pasar por un bautismo, ¡y qué angustia hasta que se cumpla!» (Lc 12,50). Con estas palabras se refería a su próxima muerte en Jerusalén. De este modo comprendemos cómo el Bautismo de Jesús por parte de Juan Bautista no fue el definitivo sino una acción simbólica de lo que se habría cumplir en el Bautismo de su agonía y muerte en la Cruz. Porque es en la Cruz donde Jesús se revela a sí mismo, no en términos simbólicos, sino concretamente y en completa solidaridad con los pecadores. Es en la Cruz donde «Dios lo hizo expiar por nuestros pecados» (2 Cor 5,21) y donde «nos rescató de la maldición de la ley, haciéndose por nosotros un maldito» (Gal 3,13). Es allí donde desciende al caos de las aguas de ultratumba, y lava para siempre nuestros pecados. Pero por la Cruz y la Muerte, Jesús es también liberado de las aguas, llamado a la Resurrección por la voz del Padre que dice: «Hijo mío eres tú, hoy te he engendrado... Yo seré para él un padre y el será para mí un hijo» (Heb 1,5). Esta escena de muerte y resurrección es una obra de arte escrita y dirigida por el Espíritu. La voz del Señor sobre las grandes aguas de la muerte, con fuerza y poder, saca a su Hijo de la muerte. «La voz del Señor es potente, la voz del Señor es magnífica».

**137.** El Bautismo de Jesús es modelo también para el nuestro. En el Bautismo descendemos con Cristo a las aguas de la muerte, donde son lavados nuestros pecados. Y después de habernos sumergido con Él, con Él salimos de las aguas y oímos, fuerte y potente, la voz del Padre que, dirigida también a nosotros en lo profundo de nuestros corazones, pronuncia un nombre nuevo para cada uno de nosotros: «¡Amado! Mi predilecto». Sentimos este nombre como nuestro, no en virtud de las buenas obras que hemos realizado, sino porque Cristo, en su amor sin límites, ha deseado intensamente compartir con nosotros su relación con el Padre.

**138.** La Eucaristía celebrada en esta Fiesta propone de nuevo, en cierto modo, los mismos acontecimientos. El Espíritu desciende sobre los dones del pan y del vino ofrecido por los fieles. Las palabras de Jesús: «Este es mi Cuerpo, esta es mi Sangre», anuncian su intención de recibir el Bautismo de muerte para nuestra Salvación. Y la asamblea reza, el «Padre nuestro» junto con el Hijo, porque con Él siente dirigida a sí misma la voz del Padre que llama «amado» al Hijo.

**139.** En una ocasión, a lo largo de su ministerio, Jesús dijo: «el que cree en mí, como dice la Escritura: “De su seno brotarán manantiales de agua viva”». Aquellas aguas vivas han comenzado a



brotar en nosotros con el Bautismo, y se transforman en un río siempre más caudaloso en cada celebración de la Eucaristía.

## CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

### III LOS MISTERIOS DE LA VIDA PÚBLICA DE JESUS

#### El Bautismo de Jesús

**535** El comienzo (cf. Lc 3, 23) de la vida pública de Jesús es su bautismo por Juan en el Jordán (cf. Hch 1, 22). Juan proclamaba “un bautismo de conversión para el perdón de los pecados” (Lc 3, 3). Una multitud de pecadores, publicanos y soldados (cf. Lc 3, 10-14), fariseos y saduceos (cf. Mt 3, 7) y prostitutas (cf. Mt 21, 32) viene a hacerse bautizar por él. “Entonces aparece Jesús”. El Bautista duda. Jesús insiste y recibe el bautismo. Entonces el Espíritu Santo, en forma de paloma, viene sobre Jesús, y la voz del cielo proclama que él es “mi Hijo amado” (Mt 3, 13-17). Es la manifestación (“Epifanía”) de Jesús como Mesías de Israel e Hijo de Dios.

**536** El bautismo de Jesús es, por su parte, la aceptación y la inauguración de su misión de Siervo doliente. Se deja contar entre los pecadores (cf. Is 53, 12); es ya “el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo” (Jn 1, 29); anticipa ya el “bautismo” de su muerte sangrienta (cf. Mc 10, 38; Lc 12, 50). Viene ya a “cumplir toda justicia” (Mt 3, 15), es decir, se somete enteramente a la voluntad de su Padre: por amor acepta el bautismo de muerte para la remisión de nuestros pecados (cf. Mt 26, 39). A esta aceptación responde la voz del Padre que pone toda su complacencia en su Hijo (cf. Lc 3, 22; Is 42, 1). El Espíritu que Jesús posee en plenitud desde su concepción viene a “posarse” sobre él (Jn 1, 32-33; cf. Is 11, 2). De él manará este Espíritu para toda la humanidad. En su bautismo, “se abrieron los cielos” (Mt 3, 16) que el pecado de Adán había cerrado; y las aguas fueron santificadas por el descenso de Jesús y del Espíritu como preludio de la nueva creación.

**537** Por el bautismo, el cristiano se asimila sacramentalmente a Jesús que anticipa en su bautismo su muerte y su resurrección: debe entrar en este misterio de rebajamiento humilde y de arrepentimiento, descender al agua con Jesús, para subir con él, renacer del agua y del Espíritu para convertirse, en el Hijo, en hijo amado del Padre y “vivir una vida nueva” (Rm 6, 4):

*Enterrémonos con Cristo por el Bautismo, para resucitar con él; descendamos con él para ser ascendidos con él; ascendamos con él para ser glorificados con él* (S. Gregorio Nacianc. Or. 40, 9).

*Todo lo que aconteció en Cristo nos enseña que después del baño de agua, el Espíritu Santo desciende sobre nosotros desde lo alto del cielo y que, adoptados por la Voz del Padre, llegamos a ser hijos de Dios* (S. Hilario, Mat 2).

---

**RANIERO CANTALAMESSA ([www.cantalamessa.org](http://www.cantalamessa.org))**

#### ¡Tú eres mi Hijo!

La liturgia celebra hoy la fiesta del Bautismo de Jesús. La cosa más importante en el bautismo de Jesús no es tanto el hecho externo, esto es, que Jesús viene a hacerse bautizar por Juan Bautista; esto señala sólo el marco. Lo esencial es la voz del Padre que proclama a Jesús su hijo predilecto.

«Apenas se bautizó Jesús, salió del agua; se abrió el cielo y vio que el Espíritu de Dios bajaba como una paloma y se posaba sobre él. Y vino una voz del cielo que decía: “Éste es mi Hijo, el amado, mi predilecto”».

Cuando se escribe la vida de los grandes artistas y poetas siempre se busca descubrir a la persona (en general, a la mujer), que ha sido por el genio y la fuente de inspiración la musa frecuentemente escondida. También en la vida de Cristo encontramos un amor secreto, que ha sido el motivo inspirador de todo lo que ha hecho: su amor para con el Padre celestial.

Verdaderamente, él no decía «Padre», sino Abba, que significa papá, padre mío, padre querido. Era un modo nuevo e inaudito de dirigirse a Dios, al mismo tiempo lleno de infinito respeto e infinita confianza. Ahora bien, con ocasión del bautismo en el Jordán descubrimos que este amor es recíproco. El Padre proclama a Jesús su «Hijo predilecto» y manifiesta toda su complacencia enviando sobre él el Espíritu Santo, que es su amor mismo personificado.

Posiblemente porque la literatura, el arte, el espectáculo y la publicidad disfrutan todas de una sola relación humana: el de un trasfondo sexual entre el hombre y la mujer, entre marido y mujer. Quizás porque es así de fácil hablar de sexo se trata de una realidad inquietante y el hombre gusta pescar en río revuelto. Parece que en la vida no exista nada más que esto. Debemos admitir que el sexo está llegando a ser como una obsesión. Si tuviere lugar en la tierra la presencia de alguien de otro planeta o si se consiguiese captar desde su planeta determinados espectáculos televisivos nuestros yo pienso que a este respecto los encontrarían hasta un poco ridículos.

Por el contrario, dejamos casi inexplorada del todo otra relación humana igualmente universal y vital, otra de las grandes fuentes de la alegría de la vida: la relación padres-hijos, la alegría de la paternidad. La psicología moderna se ha ocupado algo de ello; pero, casi en clave negativa, para clarificar los conflictos padre-hijo.

Si, por el contrario, se profundiza con serenidad y objetividad en el corazón del hombre se descubre que en la extraordinaria mayoría de las personas normales una relación lograda, intensa y serena, con los hijos es para un hombre adulto y maduro no menos importante y satisfactoria que la relación hombre-mujer. Sabemos, por otra parte, cuán importante sea asimismo esta relación para el hijo o la hija y el vacío tremendo que deja su falta.

En la fiesta de la Sagrada Familia, nos hemos ocupado de la relación mujer-marido, por lo tanto, consentidme hoy decir algo de esta otra relación fundamental y abandonada, la de padres-hijos. De las madres, tendremos ocasión de ocuparnos otra vez, sin contar que las madres serán las más felices en esta elección, porque se sabe que ellas son las primeras en sufrir una mala relación entre el padre y los hijos.

Según la Escritura, como la relación hombre-mujer tiene su modelo en la relación Cristo-Iglesia, así la relación padre-hijo tiene su modelo en la relación entre Dios Padre y su Hijo Jesús. De Dios Padre, dice san Pablo que «toma nombre toda familia en el cielo y en la tierra» (Efesios 3, 15), esto es, trae la existencia, el sentido y el valor.

Pero, al igual como el cáncer suele atacar los órganos más delicados en el hombre y en la mujer, así la potencia destructora del pecado y del mal ataca los ganglios más vitales de la existencia humana. No hay nada que esté sometido más al abuso, a la explotación y a la violencia cuanto la relación hombre-mujer y no hay nada que no esté tan expuesto a la deformación como la relación padre-hijo: autoritarismo, paternalismo, rebelión, rechazo, incomunicabilidad...

El psicoanálisis ha creído percibir en el inconsciente de cada hijo el así llamado complejo de Edipo, esto es, el secreto deseo de matar al padre. Pero, sin molestar al psicoanálisis de Freud, la crónica se encarga de ponernos bajo la mirada cada día hechos terribles a este respecto.

Ésta es una obra típicamente diabólica. El nombre «diablo», tomado a la letra, significa aquel que divide, el que separa. Él ya no se contenta más de poner a una clase social contra la otra y ni siquiera a un sexo contra el otro, los hombres contra las mujeres y las mujeres contra los hombres. Quiere castigar aún más a fondo: intenta poner a los padres contra los hijos y a los hijos contra los padres y frecuentemente lo consigue.

Viene así envenenada una de las fuentes más puras de alegría de la vida humana y uno de los factores más importantes de equilibrio y maduración de la persona. El sufrimiento es recíproco, aunque en este caso limitamos nuestro discurso sólo a los padres. Hay padres cuyo más profundo sufrimiento en la vida es el ser rechazados o hasta despreciados por los hijos para los que han hecho todo lo que han hecho. Y hay hijos cuyo más profundo e inconfesado sufrimiento es sentirse incomprendidos o rechazados por el padre y que, en un momento de rabia, han llegado a escuchar del propio padre: «¡Tú no eres mi hijo!»

¿Qué puede hacer la fe para neutralizar en nuestra sociedad esta obra satánica? Cuando nació Juan el Bautista el ángel dijo que uno de sus deberes habría sido el de «hacer volver los corazones de los padres hacia los hijos» (cfr. Lucas 1,17; Malaquías 3,24). Es necesario continuar esta obra del Precursor. Lanzar la iniciativa de una gran reconciliación, de una curación de las relaciones maltrechas entre padres e hijos desenmascarando y neutralizando la obra de Satanás.

No es que yo tenga en mano la receta y la solución; sé sin embargo quién la tiene: ¡el Espíritu Santo! En el seno de la Trinidad él es el amor entre el Padre y el Hijo. Ésta es su característica personal que lleva allá donde llega. Por eso, cuando entre un padre y un hijo terrenos entra el Espíritu Santo, esta relación se renueva, nace un sentimiento nuevo de paternidad y un sentimiento nuevo de filiación. Es él en efecto quien enseña a gritar: ¡Abba!, esto es ¡papá, padre mío!, ¡querido padre! Él reconcilia y sana de nuevo todo lo que se estropea. Es el bálsamo divino, que cura las heridas profundas del alma, llegando allá donde ningún psicoanálisis puede llegar. A él la Iglesia le dirige la oración: «Sana lo que sangra». Y el corazón de muchos padres y de muchos hijos sangra, en efecto, y tiene necesidad de ser sanado de nuevo.

¿Qué hacer? Ante todo *creer*. Volver a encontrar la confianza en la paternidad, que no es sólo un hecho biológico sino un misterio y una participación en la paternidad misma de Dios. Pedir a Dios el don de la paternidad, de saber ser padre. Pedirle el Espíritu Santo.

Después, asimismo, esforzarse en imitar al Padre celestial. San Pablo, después de haber tratado la relación hombre-mujer, trazaba así la relación padres-hijos:

«Hijos, obedeced en todo a vuestros padres, porque esto es grato a Dios en el Señor. Padres, no exasperéis a vuestros hijos, no sea que se vuelvan apocados» (Colosenses 3,18-21).

A los hijos les recomienda la obediencia; pero, una obediencia filial, no de esclavos o de militares. Pero, dejemos aparte los deberes de los hijos. (Tendremos otras ocasiones para hablarles a ellos, sin contar que los padres de hoy son los hijos de ayer y los hijos de hoy serán los padres del mañana y que, por lo tanto, el discurso interesa a todos). ¿Qué es lo que se les pide a los padres? «No exasperar» a los hijos; esto es, positivamente tener paciencia, comprensión, no exigido todo de inmediato, saber esperar a que los hijos maduren, saber excusar sus errores. No desanimar con continuos reproches y observaciones negativas sino más bien animar ante cualquier pequeño esfuerzo. Comunicar el sentido de libertad, de protección, de confianza en sí mismos, de seguridad. Como hace Dios, que dice querer ser para nosotros «nuestro refugio y nuestra fortaleza, poderoso defensor en el peligro» (Salmo 46, 2).

A un padre que quisiese saber todo lo que no debe hacer en las relaciones con el hijo, yo le aconsejaría leer la famosa Carta al padre de F. Kafka. El padre le había requerido por qué nunca le tenía miedo y el escritor responde con esta carta penetrada de amor y de tristeza. Lo que le echa en cara al padre es sobre todo no haberse dado cuenta nunca del «poder» tremendo que tenía él en el bien y en el mal sobre él. Con sus terminantes expresiones: «¡Ni una palabra de réplica!» le había privado casi hasta de hacer de no aprender a hablar. ¿Traía a casa desde la escuela una alegría, una pequeña empresa infantil o un buen resultado? La reacción era: «¡Tengo otras cosas en las que yo pensar!» («Otras cosas en las que pensar» eran su trabajo, el negocio...). Mientras se llega a entrever desde algún raro fragmento positivo lo que él habría podido llegar a ser para el hijo: el amigo, el confidente, el modelo, el mundo entero.

No hay que tener miedo de imitar alguna vez, a la letra, a Dios Padre y decirle al propio hijo o hija, si las circunstancias lo requieren, solos o delante de otros: «¡Tú eres mi hijo querido! ¡Tú eres mi hija querida! ¡De ti me he complacido!» Esto es, ¡estoy confiado de ti y de ser tu padre!» Si viene del corazón y en el momento justo, esta palabra hace milagros, pone alas al corazón del muchacho o muchacha. Y para el padre es como engendrar, más conscientemente, una segunda vez al propio hijo.

De Dios Padre una cosa, sobre todo, es necesario imitar: él hace «llover sobre justos e injustos» (Mateo 5,45). Dios quisiera que nosotros fuésemos mejores y más buenos de lo que somos; pero, nos acepta y nos ama tal como somos, nos ama con esperanza. Asimismo, un padre terreno (aquí el discurso vale también para las madres) no debe amar sólo al hijo ideal, a aquel del que se había vanagloriado: brillante en clase, educado, aventajado en todo... Debe amar también al hijo real, que el Señor le ha dado, estimarlo por lo que es y por lo que puede hacer. Cuántas frustraciones se resuelven aceptando serenamente la voluntad de Dios sobre los hijos, naturalmente aun haciendo todo el posible esfuerzo educativo sobre ellos.

Termino formulando a todos los padres un deseo: que vuestros hijos ahora sean vuestra alegría; un mañana, vuestro sostén y en el cielo vuestra corona.

---

**FLUVIUM ([www.fluvium.org](http://www.fluvium.org))**

### **Una visión más completa de la vida**

Hoy nos ofrece la Liturgia de la Iglesia, en esta fiesta del Bautismo del Señor, una escena muy sobrenatural y especial para nosotros, habituados tal vez a contemplar la realidad de este mundo sólo con los ojos del cuerpo. Nos conviene reconocer, una vez más, que no se agota la verdad con lo que logramos descubrir con los sentidos. Por eso el Señor anima con mucha frecuencia a fomentar la virtud de la fe, pues, todo un mundo sobrenatural nos aguarda, aunque no podamos verlo ni alcanzarlo con las fuerzas de la naturaleza.

Necesitamos creer mediante la fe. Se trata de una virtud: hábito, o disposición permanente, infundida por Dios en el espíritu del hombre, que lleva a la persona a aceptar las verdades reveladas por Dios, no tanto por la evidencia con que se le muestran, sino por la autoridad del mismo Dios que revela, que –de acuerdo con su perfección– no puede engañarse ni –de acuerdo con su bondad– puede engañarnos.

Nuestro Dios, por propia iniciativa y de acuerdo con el misterioso designio de su amor por el hombre, nos revela su intimidad trinitaria. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo se hacen distintamente presentes en el Bautismo del Hijo encarnado, cuya fiesta celebramos hoy. No nos basta, por consiguiente, reconocer la existencia de un Dios único, autor de cuanto existe, causa

primera y perfección suma. Es preciso que reconozcamos también que es Padre, Hijo y Espíritu Santo y remunerador de los que le aman. Por eso hoy deseamos tenerle especialmente presente en sus Tres Personas, pues, cada una nos sugiere afectos propios, siendo el mismo Dios.

Hace pocos años, cuando preparábamos el Gran Jubileo del 2000, fomentábamos –fieles al deseo del Papa– un trato más afectuoso con Dios Padre, que nos llama hijos en Jesucristo. Es su voz la que se escuchó aquel día, cuando Jesús fue bautizado por Juan. El Padre siempre contempla al Hijo, nunca lo desampara aunque alguna vez parezca olvidarlo. No queramos tampoco olvidarnos de Nuestro Dios, aunque nuestros quehaceres quieran imponerse a veces con urgencia y de modo inoportuno. Posiblemente será necesario un ejercicio tenaz por nuestra parte para no perder esa presencia de Dios que, fomentando la virtud de la fe, nos lleva a descubrir el fundamento de la dignidad humana: que somos hijos muy queridos de Dios, hasta el extremo de que, según su misterioso designio, el Hijo se ha hecho como uno de nosotros para salvarnos del pecado.

Consideremos también en este día, pues hemos conocido desde mucho tiempo atrás la Redención, que –como Juan Bautista– podemos dar testimonio de la vida de Cristo entre los hombres y de nuestra grandeza por el amor que Dios nos tiene. Tenemos asimismo la posibilidad de anunciar a los demás que Dios quiso compartir nuestra condición para que, participando nosotros de la suya, seamos sus hijos por adopción. Que como verdaderos hijos que somos de Dios se complace en nosotros y nos ofrece en todo momento la ocasión de recrearnos con su presencia, soñando con el día en que, libres ya de lo gravoso de este mundo, gocemos para siempre con Él en el Cielo.

Es bueno, en todo caso, vivir bien afianzados en el momento presente y, por tanto, en la realidad terrena que ahora nos corresponde. Lo cual no nos impide ejercitar la virtud de la fe, que, sin sacarnos de esta tierra –lugar de nuestra santificación– nos permite saborear la vida para la que fuimos creados como hombres: una **vida escondida con Cristo en Dios**, según la expresión del Apóstol. No se trata, desde luego, solamente de soñar y de saborear antes de tiempo una ilusión. Debemos ejercitarnos en obras que, cada jornada, nos aproximen al Cielo; pero nos animará para ese ejercicio, que se nos hace costoso, contemplar por la fe el Paraíso que Nuestro Señor nos tiene prometido. **No se turbe vuestro corazón. Creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas moradas. De lo contrario, ¿os hubiera dicho que voy a prepararos un lugar? Cuando me haya marchado y os haya preparado un lugar, de nuevo vendré y os llevaré junto a mí, para que, donde yo estoy, estéis también vosotros:** la verdad de la divina promesa la garantiza el mismo Dios por Jesucristo; y los que le siguen, empeñándose con confianza en el esfuerzo que les supone ese seguimiento, viven con paz y alegría, comprobando que no es tanta su fatiga o su exigencia que se les haga insufrible; por el contrario, encuentran para cada instante la energía sobrenatural y humana, proporcionada a sus circunstancias, para actuar según Dios espera.

Esa alegría y paz, fruto de avanzar según Dios hacia un destino feliz, además de estimular de modo permanente al propio esfuerzo, supone un importante revulsivo que contagia a otros, que se sienten también atraídos por el reflejo de Cristo en la vida de los cristianos consecuentes. Así ha sucedido desde los tiempos apostólicos, cuando el atractivo de la vida de los fieles al Señor y su alegría destacaba y sorprendía a pesar de las persecuciones que injustamente padecían.

La vida más fácil –sin fe– de los paganos de entonces, como la de muchos hoy, llena de atractivos sensibles, decaía paulatinamente hasta ser superada por otras culturas más violentas. Pero el cristianismo se ha mantenido, aunque haya sido, no pocas veces, con abundante dolor por parte de los cristianos. Se ha cumplido así la promesa de Jesucristo de que su Iglesia no sería aniquilada y que Él acompañaría siempre a los suyos. **Y su Reino no tendrá fin**, rezamos en el Credo.

Nos sentimos asimismo seguros acompañados por su Madre, habiendo querido desde su Cruz que fuese también Madre de nuestra.

---

**PALABRA Y VIDA** ([www.palabrayvida.com.ar](http://www.palabrayvida.com.ar))

### **El Hijo predilecto**

Continúa este domingo el tema litúrgico de la Epifanía, es decir, de la manifestación de Dios. El Bautismo de Jesús que hoy recordamos fue, en efecto, una etapa decisiva en la manifestación de Jesucristo al mundo en calidad de Dios: una especie de segunda epifanía. Los sucesos del nacimiento estaban lejanos, sepultados en el corazón de los pocos protagonistas de aquellos días. Treinta años de silencio y de ocultamiento habían hecho de Jesús un hombre entre los otros. Los años anteriores al Bautismo, dice un escritor antiguo, muestran la humanidad de Cristo en todo similar a la nuestra (Melitón de Sardi).

El Bautismo concluye esa fase de la vida de Jesús; concluye su hacerse similar al hombre, su imitación del hombre. Él viene, confundido entre la multitud, a someterse a un rito que lo ubica en el rango de los pecadores, de aquellos que tienen necesidad de ser purificados.

Éste es el Jesús anunciado por Isaías en la primera lectura: el siervo de Dios que no grita y no levanta el tono de voz, que no recorre los caminos amenazando con castigos, que no rompe la caña quebrada y no apaga la llama vacilante. El Jesús de corazón suave que viene a llamar a los pecadores a la penitencia. El Jesús que escandalizó y decepcionó la espera de quien pensaba en un Mesías guerrero, proclamador enérgico de la ira de Dios, en especial contra los paganos. El Jesús que sorprenderá también a su precursor: “¿Eres tú el que debe venir?”

San Pablo resumió este aspecto del evento de Cristo en el famoso texto de los Filipenses 2, 6-7: él, que era Dios, no consideró como algo que debía custodiarse celosamente el hecho de ser similar a Dios, sino que se anuló y tomó la forma de siervo (¡aquel siervo del cual había hablado Isaías!), se hizo similar al hombre y de apariencia externa como la de todo hombre. Como todo hombre: tal era el Jesús que vino al Jordán para ser bautizado.

Pero el Bautismo da inicio también a la nueva fase de la vida de Jesús. Él es presentado oficialmente al mundo por el Padre como el Mesías que habla y actúa en forma autoritaria en su nombre. Éste es el principio de la así llamada vida pública de Jesús. Aquí comienzan aquellos “pero yo les digo” y aquel hablar “con autoridad” que asombrarán a los escribas y a los fariseos. En la fase más antigua era en este momento donde se comenzaba la narración de la vida de Cristo. En efecto, Marcos, el primer evangelista, inicia su Evangelio con el Bautismo. Pedro, en el discurso que escuchamos como segunda lectura, hace del Bautismo de Jesús el inicio de su historia: en realidad, fue en el Bautismo donde Dios *Ungió a Jesús de Nazaret con el Espíritu Santo, llenándolo de poder.*

¿Por qué toda esta importancia? Antes que nada, está vinculada con la manifestación del Espíritu Santo. Juan Bautista había caracterizado así las dos épocas: yo los bautizo con *agua*; ¡él los bautizará en *Espíritu!* El descenso del Espíritu es el “¡adelante!” para la redención; indica que ha comenzado la nueva creación porque el Espíritu ha vuelto a aparecer sobre las aguas como en los orígenes (Gn. 1-2). *Pero la hora se acerca, y ya ha llegado, en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad* (Jn. 4, 23). El Espíritu ya estaba en Jesús de Nazaret para el nacimiento. Había descendido sobre María aún antes que sobre el Jordán. Pero allí se había tratado de un hecho silencioso que permaneció desconocido; por el contrario, acá se encuentra la manifestación al mundo de aquella realidad del Espíritu. La unción perfecta y mesiánica de Jesús se

le hizo evidente al mundo. En su Bautismo, Jesús aparece como el esperado sobre cual se ha posado el Espíritu del Señor, como había sido escrito por el profeta Isaías.

La importancia del bautismo, además de estar vinculada con la manifestación del Espíritu, lo está también con la solemne proclamación del Padre: *Éste es mi Hijo muy querido, escúchenlo*. Aquel que se había hecho siervo ahora es proclamado hijo (cfr. Is. 40. 2). Es en este punto donde resulta necesario retomar la lectura del texto de Pablo a los Filipenses: *Por eso, Dios lo exaltó y le dio el Nombre que está sobre todo nombre* (Flp. 2. 9). Es el punto culminante de la epifanía: ya no una estrella, sino la voz misma del Padre que revela a los hombres quién es Jesús de Nazaret: el hijo bienamado del Padre. Jesús confirmó el sentido de esta declaración al llamar a Dios en forma constante con el nombre de *abba*, padre. En sus palabras y en su manera de actuar aflora incoercible la conciencia de ser el Hijo de Dios. El Evangelio, particularmente el escrito por Juan, nos lo muestra en un diálogo ininterrumpido con el Padre, que continúa en el existente en el seno de la Trinidad. Toda nuestra fe está anclada en esta conciencia de Jesús. Él nos salva porque es Hijo de Dios; hace de nosotros hijos adoptivos de Dios porque él, que era hijo natural, se hizo nuestro hermano. No nos importa si quienes vivieron con Jesús fueron conscientes de este secreto desde el principio y comprendieron su importancia. Lo que importa verdaderamente es saber que Jesús, él, lo sabía y dejó pruebas seguras de ello durante su vida terrenal.

La consecuencia de esta revelación se encuentra en las palabras del Padre: *¡Escúchenlo!* (Mc 9,7). Debemos escuchar a Jesús, que hoy todavía nos habla en su Evangelio, porque lo hace en nombre de Dios. Sin embargo, este imperativo no significa solamente: “préstenle atención” o “pongan en práctica lo que les dice”. Significa sobre todo: “créanle, denle su adhesión de fe, recíbanlo a él aun antes que a su palabra”. Así, el bautismo nos vuelve a proponer aquel doble movimiento que vimos expresado en el episodio de los Magos y que tal vez constituye la idea central de la Epifanía: Dios viene hacia el hombre con la revelación, pero el hombre también debe ir hacia Dios con la fe.

Aquel Jesús que fue hacia Juan oculto y escondido, es el mismo que, misteriosamente, escondido en los signos del pan y del vino, está por venir también a nosotros en esta asamblea. Nosotros lo recibiremos con las mismas palabras con las cuales lo recibió aquel día Juan Bautista en el Jordán: “He aquí al Cordero de Dios, aquel que quita el pecado del mundo”.

---

## **BIBLIOTECA ALMUDÍ ([www.almudi.org](http://www.almudi.org))**

### ***Homilía con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II***

#### **Homilía en la fiesta del Bautismo del Señor (12-I-1997)**

##### **– El bautismo de penitencia de Juan**

“Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo” (Mt 28,19).

La Iglesia celebra hoy el bautismo de Cristo, y también este año tengo la alegría de administrar, en esta circunstancia, el sacramento del bautismo a algunos recién nacidos.

Antes de administrar el sacramento a estos niños recién nacidos quisiera detenerme a reflexionar con vosotros en la palabra de Dios que acabamos de escuchar. El Evangelio de San Marcos, como los demás sinópticos, narra el bautismo de Jesús en el río Jordán. La liturgia de la Epifanía recuerda este acontecimiento, presentándolo en un tríptico que comprende también la adoración de los Magos de

Oriente y las bodas de Caná. Cada uno de estos tres momentos de la vida de Jesús de Nazaret constituye una revelación particular de su filiación divina.

Lo que Juan el Bautista confería a orillas del Jordán era un bautismo de penitencia, para la conversión y el perdón de los pecados. Pero anunciaba: “Detrás de mí viene el que puede más que yo (...). Yo os he bautizado con agua, pero él os bautizará con Espíritu Santo” (Mc 1,7-8). Anunciaba esto a una multitud de penitentes, que se le acercaban confesando sus pecados, arrepentidos y dispuestos a enmendar su vida.

**-- El bautismo libera de la culpa original y perdona los pecados**

De muy diferente naturaleza es el bautismo que imparte Jesús y que la Iglesia, fiel a su mandato, no deja de administrar. Este bautismo libera al hombre de la culpa original y perdona sus pecados, lo rescata de la esclavitud del mal y marca su renacimiento en el Espíritu Santo; le comunica una nueva vida que es participación de la vida de Dios Padre y que nos ofrece su Hijo unigénito, hecho hombre, muerto y resucitado.

**-- Revelación de la Santísima Trinidad**

Cuando Jesús sale del agua, el Espíritu Santo desciende sobre él como una paloma y tras abrirse el cielo, desde lo alto se oye la voz del Padre: “Tú eres mi hijo amado, en ti me complazco” (Mc 1,11). Por tanto, el acontecimiento del bautismo de Cristo no es sólo revelación de su filiación divina, sino también, al mismo tiempo, revelación de toda la Santísima Trinidad: el Padre –la voz de lo alto– revela en Jesús al Hijo unigénito consustancial con él, y todo esto se realiza por virtud del Espíritu Santo que bajo la forma de paloma desciende sobre Cristo, el consagrado del Señor.

Los Hechos de los Apóstoles nos hablan del bautismo que el apóstol Pedro administró al centurión Cornelio y a sus familiares. De este modo, Pedro realiza el mandato de Cristo resucitado a sus discípulos: “Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo” (Mt 28,19). El bautismo con el agua y el Espíritu Santo es el sacramento primero y fundamental de la Iglesia, sacramento de la vida nueva en Cristo.

También estos niños dentro de poco recibirán ese mismo bautismo y se convertirán en miembros vivos de la Iglesia. Serán ungidos con el óleo de los catecúmenos, signo de la suave fortaleza de Cristo, que se les da para luchar contra el mal. El agua bendita que se les derrama es signo de la purificación interior mediante el don del Espíritu Santo, que Jesús nos hizo al morir en la cruz. Después se recibe una segunda y más importante unción con el “crisma”, para indicar que son consagrados a imagen de Jesús, el ungido del Padre. La vela encendida que se les entrega es símbolo de la luz de la fe que los padres y padrinos deberán custodiar y alimentar continuamente con la gracia vivificante del Espíritu.

\*\*\*

***Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva***

“Se oyó una voz del cielo: Tú eres mi Hijo amado, mi preferido”. En el Bautismo, que representa nuestro nacimiento a la vida cristiana, cada uno “vuelve a escuchar la voz que un día resonó a orillas del Jordán: Tú eres mi hijo amado, en ti me complazco (Lc 3,22); y entiende que ha sido asociado al Hijo predilecto. Se cumple así en la historia de cada uno el designio del Padre: a los que de antemano conoció, también los predestinó a reproducir la imagen de su Hijo, para que Él fuera el primogénito entre muchos hermanos (Rom 8,29)” (Juan Pablo II).

Saboreemos esta verdad al pensar en nuestro Bautismo y procuremos no olvidarla, sobre todo, cuando la vida presente su cara menos simpática. Quien ha creado todo lo que vemos y no



vemos, al que adoran millones y millones de ángeles con enorme respeto y una profunda veneración, quien tiene en sus manos el destino de este mundo que pasa, es mi Padre. Mi Padre. No un ser lejano que vive el margen de mis temores y esperanzas, sino Alguien a quien puedo acudir con la confianza con la que un pequeño acude a su madre o a su padre en sus apuros.

Desde el día de nuestro Bautismo, el Espíritu Santo que descendió también a nuestro corazón va labrando en él la imagen de Jesús. Pero “no como un artista, dice S. Cirilo de Alejandría, que dibujara en nosotros la divina sustancia como si Él fuera ajeno a ella. No es de esta forma como nos conduce a la semejanza divina; sino que Él mismo, que es Dios y de Dios procede, se imprime en los corazones que lo reciben como el sello sobre la cera y, de esa forma, por la comunicación de sí y la semejanza, restablece la naturaleza según la belleza del modelo divino y restituye al hombre la imagen de Dios”.

Si somos dóciles a esa acción del Espíritu Santo y que se manifiesta en impulsos de una mayor generosidad con Dios y con quienes nos rodean, en una lucha más seria contra nuestras inclinaciones torcidas, iremos poco a poco pareciéndonos cada vez más a Jesucristo, haciéndonos una sola cosa con Él, sin dejar de ser nosotros mismos, como ese hierro que metido en la fragua va progresivamente llenándose de luz y energía. Nuestra vida se convierte entonces, en cierto sentido, en una prolongación de la vida terrena de Jesús, porque Él vive verdaderamente en nosotros como el fuego en el hierro.

S. Francisco de Sales solía decir que entre Jesucristo y los buenos cristianos no existe más diferencia que la que se da entre una partitura y su interpretación por diversos músicos. La partitura es la misma, pero la interpretación suena con una modalidad distinta, personal; y es el Espíritu Santo quien la dirige contando con las distintas maneras de ser de esos instrumentos que somos nosotros. ¡Qué inmenso valor adquiere entonces todo lo que hacemos: el trabajo, las contrariedades diarias bien llevadas, los pequeños y grandes servicios, el dolor! Sí, Dios se complace en nosotros, porque en cada uno ve la imagen de su Hijo preferido.

\*\*\*

### *Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica*

«El hijo amado del Padre es el Hijo-siervo»

#### **I. LA PALABRA DE DIOS**

Is 42,1-4.6-7: «Mirad a mi siervo a quien prefiero»

Sal 28,1-4.9-10: «El Señor bendice a su pueblo con la paz»

Hch 10,34-38: «Dios ungió a Jesús con la fuerza del Espíritu Santo»

Mt 3,13-17: «Apenas se bautizó Jesús, vio que el Espíritu de Dios bajaba sobre él»

#### **II. APUNTE BÍBLICO-LITÚRGICO**

El «Siervo» es presentado por Isaías como alguien excepcional y desconcertante. Su misión de renovar a Israel, haciendo retornar a los exilados, es presentada por S. Mateo, tan amigo de citar el AT, como el que toma nuestras flaquezas y carga con nuestras enfermedades.

A las comunidades cristianas les preocupaba por qué Cristo se hizo bautizar. La razón de que «cumplamos así todo lo que Dios quiere», parece expresar la plena solidaridad con la humanidad pecadora a la que había venido a salvar. La presentación como «Cordero de Dios que quita el pecado

del mundo» invita a pensar así. La salvación la llevará a cabo como «siervo paciente de Dios», según Isaías.

### **III. SITUACIÓN HUMANA**

La vida es un reto permanente para el que quiere tomársela en serio. Una cosa es dejar pasar los días y otra vivirlos. El hombre hace fructífera su existencia cuando afronta el afán de cada día.

Hay hombres que entienden su vida como una apuesta en beneficio de los demás, y pueden encontrarse en el camino con quienes han hecho lo mismo que ellos.

Jesús, al comienzo de su vida pública, tiene delante el proyecto salvador del Padre y le va a costar la vida. Pero esa es precisamente la razón de su vivir: «Dar la vida en rescate por muchos».

### **IV. LA FE DE LA IGLESIA**

#### *La fe*

– El Bautismo de Jesús: “El bautismo de Jesús es, por su parte, la aceptación y la inauguración de su misión de Siervo doliente...anticipa ya el «bautismo» de su muerte sangrienta... por amor acepta el bautismo de muerte para la remisión de nuestros pecados. A esta aceptación responde la voz del Padre que pone toda su complacencia en su Hijo. El Espíritu que Jesús posee en plenitud desde su concepción viene a «posarse» sobre él. De él manará este Espíritu para toda la humanidad. En su bautismo, «se abrieron los cielos» (Mt 3,16) que el pecado de Adán había cerrado; y las aguas fueron santificadas por el descenso de Jesús y del Espíritu como preludeo de la nueva creación” (536).

– El Bautismo en la economía de la salvación: 1224. 1225.

#### *La respuesta*

– Por el Bautismo, somos incorporados a la Iglesia y a su misión: “El Bautismo hace de nosotros miembros del Cuerpo de Cristo. El Bautismo incorpora a la Iglesia. De las fuentes bautismales nace el único pueblo de Dios de la Nueva Alianza que trasciende todos los límites naturales o humanos de las naciones, las culturas, las razas y los sexos: «Porque en un solo Espíritu hemos sido todos bautizados, para no formar más que un cuerpo» (1 Co 12,13)” (1267; cf 1268-1270).

– El Bautismo, remisión de los pecados: 1263. 1264.

#### **El testimonio cristiano**

– «Enterrémonos con Cristo por el Bautismo, para resucitar con él; descendamos con él para ser ascendidos con él; ascendamos con él, para ser glorificados con él (San Gregorio Nacianceno, Or. 40,9)» (537).

– «Todo lo que aconteció en Cristo nos enseña que después del baño del agua, el Espíritu Santo desciende sobre nosotros desde lo alto del cielo y que, adoptados por la voz del Padre, llegaremos a ser hijos de Dios (San Hilario, Mat. 2)» (537).

La escena del Jordán, manifestación trinitaria, nos muestra el amor íntimo de Dios revelándose en el Hijo amado a los hombres.

**HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)**

**A) El Señor es bautizado. Nuestro bautismo.**

**— Jesús quiso ser bautizado. Institución del Bautismo cristiano. Agradecimiento**

**I.** *Inmediatamente después de ser bautizado, Jesús salió del agua y he aquí que se le abrieron los Cielos y vio al espíritu de Dios que descendía en forma de paloma y venía sobre él. Y una voz del Cielo que decía: Este es mi hijo, el amado, en quien me he complacido*<sup>1</sup>.

En la solemnidad de hoy conmemoramos el bautismo de Jesús por San Juan Bautista en las aguas del río Jordán. Sin tener mancha alguna que purificar, quiso someterse a este rito de la misma manera que se sometió a las demás observancias legales, que tampoco le obligaban. Al hacerse hombre, se sujetó a las leyes que rigen la vida humana y a las que regían en el pueblo israelita, elegido por Dios para preparar la venida de nuestro Redentor. Juan cumplió, con energía, la misión de profetizar y suscitar un gran movimiento de penitencia como preparación inmediata al reino mesiánico

El Señor deseó se bautizado, dice San Agustín, «para proclamar con su humildad lo que para nosotros era necesidad»<sup>2</sup>.

Con el bautismo de Jesús quedó preparado el Bautismo cristiano, que fue directamente instituido por Jesucristo con la determinación progresiva de sus elementos, y lo impuso como ley universal el día de su Ascensión: *Me fue dado todo poder en el Cielo y en la tierra, dirá el Señor; id, pues, y enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo*<sup>3</sup>.

En el Bautismo recibimos la fe y la gracia. El día en que fuimos bautizados fue el más importante de nuestra vida. De igual modo que «la tierra árida no da fruto si no recibe el agua, así también nosotros, que éramos como un leño seco, nunca hubiéramos dado frutos de vida sin esta lluvia gratuita de lo alto»<sup>4</sup>. Nos encontrábamos, antes de recibir el Bautismo, con la puerta del cielo cerrada y sin ninguna posibilidad de dar el más pequeño fruto sobrenatural

Hoy nuestra oración nos puede ayudar a dar gracias por haber recibido este don inmerecido y para alegrarnos por tantos bienes como Dios nos concedió. «La gratitud es el primer sentimiento que debe nacer en nosotros de la gracia bautismal; el segundo es el gozo. Jamás deberíamos pensar en nuestro bautismo sin un profundo sentimiento de alegría interior»<sup>5</sup>.

Hemos de agradecer la purificación de nuestra alma de la mancha del pecado original, y de cualquier otro pecado si lo hubo, en el momento de recibir el Bautismo. Todos los hombres somos miembros de la familia humana que en su origen fue dañada por el pecado de nuestros primeros padres. Este «pecado original se transmite juntamente con la naturaleza humana, por propagación, no por imitación, y se halla como propio en cada uno»<sup>6</sup>. Pero Jesús dotó al Bautismo de una especialísima eficacia para purificar la naturaleza humana y liberarla de ese pecado con el que hemos

---

<sup>1</sup> Mt 3, 16-17.

<sup>2</sup> SAN AGUSTIN, *Sermón*, 51, 33.

<sup>3</sup> Mt 28, 13.

<sup>4</sup> SAN IRENEO, *Trat. contra las herejías*, 3, 17.

<sup>5</sup> COLUMBA MARMION, *Le Christ, vie de l'âme*, Abbaye de Maredsous, 1933 pp. 186 y 203-204.

<sup>6</sup> PABLO VI, *Credo del Pueblo de Dios*, Roma 1967, 16.

nacido. El agua bautismal significa y opera de un modo real lo que el agua natural evoca: la limpieza y la purificación de toda mancha e impureza»<sup>7</sup>.

«Gracias al sacramento del bautismo te has convertido en templo del Espíritu Santo: no se te ocurra – nos exhorta San León Magno – ahuyentar con tus malas acciones a tan noble huésped, ni volver a someterte a la servidumbre del demonio: porque tu precio es la sangre de Cristo»<sup>8</sup>.

— **Efectos del Bautismo: limpia el pecado original, nueva vida, filiación divina, etcétera**

**II. Dios todopoderoso y eterno, que en el bautismo de Cristo en el Jordán quisiste revelar solemnemente que él era tu Hijo amado enviándole tu Espíritu Santo: concede a tus hijos de adopción, renacidos del agua y del Espíritu Santo, la perseverancia continua en el cumplimiento de tu voluntad**<sup>9</sup>.

El Bautismo nos inició en la vida cristiana. Fue un verdadero nacimiento a la vida sobrenatural. Es la nueva vida que predicaron los Apóstoles y de la que habló Jesús a Nicodemo: *En verdad te digo que quien no naciera de arriba no podrá entrar en el reino de Dios... Lo que nace de la carne, carne es; pero lo que nace del Espíritu, es espíritu*<sup>10</sup>.

El resultado de esta nueva vida es cierta divinización del hombre y la capacidad de producir frutos sobrenaturales

La dignidad del bautizado está como velada muchas veces, por desgracia, en la existencia ordinaria; por eso nosotros, al igual que hicieron los santos, hemos de esforzarnos en vivir conforme a esa dignidad

Nuestra más alta dignidad, la condición de hijos de Dios, que se nos comunica en el Bautismo, es consecuencia de la nueva generación. Si la generación humana da como resultado la «paternidad» y la «filiación», de modo semejante aquellos que son engendrados por Dios son realmente hijos suyos: *¡Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues – lo somos realmente! Queridos, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos...*<sup>11</sup>

En el momento del Bautismo, por la efusión del Espíritu Santo, se produce el milagro de un nuevo nacimiento. El agua bautismal se bendice en la noche de Pascua y en la oración se pide: *Así como el Espíritu Santo descendió sobre María y produjo en Ella el nacimiento de Cristo, así descienda Él sobre su Iglesia y produzca en su claustro materno (la pila bautismal) el renacer de los hijos de Dios.*

A esta expresión tan gráfica corresponde esta profunda realidad: el bautizado renace a una nueva vida, a la vida de Dios, por eso es su «hijo». *Y si somos hijos, también somos herederos, herederos de Dios y coherederos con Cristo*<sup>12</sup>.

Demos muchas gracias a nuestro Padre Dios que ha querido dones tan inconmensurables, tan fuera de toda medida, para cada uno de nosotros. – ¡Qué gran bien nos puede hacer el considerar frecuentemente estas realidades! **Padre – me decía aquel muchachote (¿qué habrá sido de él?),**

---

<sup>7</sup> Cfr. 1 Co 6, 11; Jn 3, 3-6.

<sup>8</sup> SAN LEÓN MAGNO, *Homilía de Navidad*, 3.

<sup>9</sup> *Oración colecta de la Misa.*

<sup>10</sup> Jn 3, 3-6.

<sup>11</sup> Cfr. 1 Jn 3, 1-9.

<sup>12</sup> Cfr. Rm 8, 14-17.

*buen estudiante de la Central –, pensaba en lo que usted me dijo... – ¡que soy hijo de Dios!, y me sorprendí por la calle, “engallado” el cuerpo y soberbio por dentro... – ¡hijo de Dios!*

*Le aconsejé, con segura conciencia, fomentar la “soberbia”<sup>13</sup>.*

— **Incorporación a la Iglesia. Llamada a la santidad y al apostolado. Bautismo de los niños**

**III.** En la Iglesia nadie es un cristiano aislado. A partir del Bautismo, el cristiano forma parte de un pueblo, y la Iglesia se le presenta como la verdadera familia de los hijos de Dios. «Fue voluntad de Dios el santificar y salvar a los hombres, no aisladamente, sin conexión alguna de unos con otros, sino constituyendo un pueblo que le confesara en verdad y le sirviera santamente»<sup>14</sup>. Y el Bautismo es la puerta por donde se entra a la Iglesia<sup>15</sup>.

«Y en la Iglesia, precisamente por el bautismo, somos llamados todos a la santidad»<sup>16</sup>, cada uno en su propio estado y condición, y a ejercer el apostolado. «La llamada a la santidad y la consiguiente exigencia de santificación personal, es universal: todos, sacerdotes y laicos, estamos llamados a la santidad; y todos hemos recibido, con el bautismo, las primicias de esa vida espiritual que, por su misma naturaleza, tiende a la plenitud»<sup>17</sup>.

Otra verdad íntimamente unida a esta condición de miembro de la Iglesia es la del carácter sacramental, «un cierto signo espiritual e indeleble» impreso en el alma<sup>18</sup>. Es como el resello de posesión de Cristo sobre el alma del bautizado. Cristo tomó posesión de nuestra alma en el momento de ser bautizado. Él nos rescató del pecado con su Pasión y Muerte

Con estas consideraciones comprendemos bien el deseo de la Iglesia de que los niños reciban pronto estos dones de Dios<sup>19</sup>. Desde siempre ha urgido a los padres para que bauticen a sus hijos cuanto antes. Es una muestra práctica de fe. No se atenta a su libertad, como no se les causó agravio alguno por darles la vida natural, ni por alimentarles, limpiarles y curarles, cuando no podían ellos pedir estos bienes. Por el contrario, tienen derecho a recibir esa gracia. – ¡Qué buen apostolado habremos de hacer en muchos casos!: con amigos, compañeros, conocidos...

En el caso del Bautismo está en juego algo infinitamente mayor que ningún otro bien: la gracia y la fe; quizá, la salvación eterna. Sólo por ignorancia y por una fe dormida se puede explicar que muchos niños queden privados, por sus propios padres ya cristianos, del mayor don de su vida. Nuestra oración se dirige a Dios hoy, para que no permita que esto suceda

Hemos de agradecer a nuestros padres que, quizá a los pocos días de nacer, nos llevaran a recibir este santo sacramento

\*\*\*

## **B) El bautismo del Señor.**

– **Manifestación del misterio trinitario en el Bautismo de Cristo.**

<sup>13</sup> SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Camino*, n. 274.

<sup>14</sup> CONC. VAT. II, Const. *Lumen gentium*, 9.

<sup>15</sup> Cfr. IDEM, Const. *Lumen gentium*, 14; Decr. *Ad Gentes*, 7.

<sup>16</sup> Cfr. IDEM, Const. *Lumen gentium*, 11 y 42.

<sup>17</sup> A. DEL PORTILLO, *Escritos sobre el sacerdocio*, Ed. Palabra, 5ª ed. 1979, p. 111.

<sup>18</sup> Dz 852.

<sup>19</sup> S. C. PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Instrucción*, 20-X-1980; Cfr. *Código de Derecho Canónico*, canon 867.

**I. Apenas se bautizó el Señor se abrió el cielo, y el Espíritu Santo se posó sobre Él como una paloma. Y se oyó la voz del Padre que decía: Éste es mi Hijo, el amado, mi predilecto<sup>20</sup>.**

Hace aún pocos días celebrábamos la *Epifanía*, la manifestación del Señor a los gentiles, representados en aquellos hombres sabios que llegaron a Jerusalén preguntando por el nacido rey de los judíos. Ya había tenido lugar una primera revelación a los pastores, que, en la misma noche de la Navidad, se dirigen al lugar donde ha nacido el Niño, a quien le llevan sus presentes. También la fiesta de hoy es una *epifanía*, una manifestación de la divinidad de Cristo señalada por la voz de Dios Padre, venida del Cielo, y por la presencia del Espíritu Santo en forma de paloma, que significa la Paz y el Amor. Los Padres de la Iglesia suelen señalar una tercera manifestación de la divinidad de Jesús. Ésta tendrá lugar en Caná de Galilea, donde, a través de su primer milagro, Jesús *manifestó su gloria, y sus discípulos creyeron en Él*<sup>21</sup>.

En la *Primera lectura* de la Misa<sup>22</sup>, Isaías anuncia la figura del Mesías: *He aquí mi siervo..., mi elegido, en quien se complace mi alma. Sobre Él he puesto mi Espíritu... La caña cascada no la quebrará, el pabilo vacilante no lo apagará... Yo, el Señor, te he llamado... para que abras los ojos de los ciegos, saques a los cautivos de la prisión, y de la mazmorra a los que habitan en tinieblas.* Esta descripción profética tiene su plena realización en el Bautismo del Señor. Entonces *descendió el Espíritu Santo en forma corporal, como una paloma, sobre Él, y se oyó una voz que venía del cielo: Tú eres el Hijo mío, el amado, en Ti me he complacido*<sup>23</sup>. Las tres divinas Personas de la Trinidad intervienen en esta gran epifanía a orillas del Jordán: el Padre hace oír su voz, dando testimonio del Hijo, Jesús es bautizado por Juan, el Espíritu Santo desciende visiblemente sobre Él. La expresión de Isaías *mi siervo* es sustituida ahora por *mi Hijo amado*, que indica la Persona y la naturaleza divina de Cristo.

Con el Bautismo de Jesús se inicia de modo solemne su misión salvadora. A la vez, el Espíritu Santo comenzaba por medio del Mesías su acción en las almas, que durará hasta el fin de los tiempos.

La liturgia propia de este domingo es especialmente apta para que recordemos con alegría nuestro Bautismo y sus consecuencias en nuestra vida. Cuando San Agustín menciona en sus *Confesiones* el día en que recibió este sacramento, lo recuerda con profundo gozo: “rebotante de dulzura extraordinaria, aquellos días no me saciaba de considerar la profundidad de su designio para la salvación del género humano”<sup>24</sup>. Con ese gozo hemos de recordar hoy que hemos sido bautizados en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

El misterio del Bautismo de Jesús nos adentra en el misterio inefable de cada uno de nosotros, *pues de su plenitud recibimos todos gracia sobre gracia*<sup>25</sup>. Hemos sido bautizados no sólo en agua, como hacía el Precursor, sino *en el Espíritu Santo*, que nos comunica la vida de Dios. Demos gracias hoy al Señor por aquel día memorable en el que fuimos incorporados a la vida de Cristo y destinados con Él a la vida eterna. Alegrémonos de haber sido quizá bautizados a los pocos días de haber nacido, como es costumbre inmemorial en la Iglesia, en el caso de neófitos hijos de padres cristianos.

**– Nuestra filiación divina en Cristo por el sacramento del Bautismo.**

---

<sup>20</sup> Antífona de entrada. Cfr. Mt 3, 16-17.

<sup>21</sup> Jn 2, 11.

<sup>22</sup> Is 42, 1-4; 6-7.

<sup>23</sup> Lc 3, 22.

<sup>24</sup> SAN AGUSTIN, *Confesiones*, I, 9, 6.

<sup>25</sup> Jn 1, 16.

**II.** Fuimos bautizados en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, para entrar en comunión con la Trinidad Beatísima. En cierto modo se han abierto para cada uno de nosotros los cielos, a fin de que entremos en la *casa de Dios* y conozcamos la filiación divina. “Si tuvieses piedad verdadera –enseña San Cirilo de Jerusalén–, también descenderá sobre ti el Espíritu Santo y oirás la voz del Padre desde lo alto que dice: éste no es el Hijo mío, pero ahora después del Bautismo ha sido hecho mío”<sup>26</sup>. La filiación divina ha sido uno de los grandes dones que recibimos aquel día en que fuimos bautizados. San Pablo nos habla de esta filiación y, dirigiéndose a cada bautizado, no duda en pronunciar estas dichosísimas palabras: *Ya no eres esclavo sino hijo: y si hijo, también heredero*<sup>27</sup>.

En el rito de este sacramento se indica que la configuración con Cristo tiene lugar mediante una regeneración espiritual, como enseñaba Jesús a Nicodemo: *quien no renaciere del agua y del Espíritu Santo, no puede entrar en el Reino de Dios*<sup>28</sup>. “El Bautismo cristiano es, en efecto, un misterio de muerte y de resurrección: la inmersión en el agua bautismal simboliza y actualiza la sepultura de Jesús en la tierra y la muerte del hombre viejo, mientras que la emersión significa la resurrección de Cristo y el nacimiento del hombre nuevo”<sup>29</sup>. Este nuevo nacimiento es el fundamento de la filiación divina. Y así, por este sacramento, “los hombres son injertados en el misterio pascual de Jesucristo: mueren con Él, son sepultados con Él y resucitan con Él; reciben el espíritu de adopción de hijos, *por el que clamamos Abba! ¡Padre!* (Rom 8, 15), y se convierten así en los verdaderos adoradores que busca el Padre”<sup>30</sup>. Esta filiación lleva consigo la aniquilación de todo pecado del alma y la infusión de la gracia.

Por el Bautismo se perdonan el pecado original y todos los pecados personales, y la pena eterna y temporal debida por los pecados. El ser configurados con Cristo resucitado, simbolizado en la emersión del agua bautismal, indica que la gracia divina, las virtudes infusas y los dones del Espíritu Santo se han asentado en el alma del bautizado, la cual se ha constituido en morada de la Santísima Trinidad. Al cristiano se le abren las puertas del Cielo, y se alegran los ángeles y los santos. En la naturaleza humana permanecen aquellas consecuencias del pecado original que, si bien proceden de él, no son en sí mismas pecado, pero inclinan a él; el hombre bautizado sigue sujeto a la posibilidad de errar, a la concupiscencia y a la muerte, consecuencias todas ellas del pecado original. Sin embargo, el Bautismo ha sembrado ya en el cuerpo humano la semilla de una renovación y resurrección gloriosas. ¡Qué diferencia tan enorme entre la persona que iba, o llevaban, camino de la iglesia para recibir este sacramento, y la que vuelve ya bautizada! El cristiano “sale del Bautismo resplandeciente como el sol y, lo que es más importante, vuelve de allí convertido en hijo de Dios y coheredero con Cristo”<sup>31</sup>.

Demos muchas gracias al Señor por tanto bien, que querríamos comprender hoy en toda su grandeza. Por último, *te pedimos..., Señor, humildemente que escuchemos con fe la palabra de tu Hijo para que podamos llamarnos y ser, en verdad, hijos tuyos*<sup>32</sup>. Es nuestro mayor deseo y nuestra más grande aspiración.

### – Proyección del Bautismo en la vida diaria.

---

<sup>26</sup> SAN CIRILO DE JERUSALÉN, *Catequesis III, Sobre el Bautismo*, 14.

<sup>27</sup> *Gal 4, 7.*

<sup>28</sup> *Jn 3, 5.*

<sup>29</sup> JUAN PABLO II, *Ángelus 8-I-1989.*

<sup>30</sup> CONC. VAT. II, Const. *Sacrosanctum Concilium*, 6.

<sup>31</sup> SAN HIPOLITO, *Sermón sobre la Teofanía.*

<sup>32</sup> *Oración después de la comunión.*

**III.** En la *Segunda lectura*, San Pedro recuerda aquel comienzo mesiánico de Jesús, que estaba en la mente de muchos de los que le escuchaban y del que algunos de ellos habían sido testigos oculares. *Conocéis –les dice el Apóstol– lo que sucedió en el país de los judíos, cuando Juan predicaba el bautismo, aunque todo comenzó en Galilea. Me refiero a Jesús de Nazaret, ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo, que pasó haciendo el bien y curando a los oprimidos por el diablo...*<sup>33</sup>

*Pertransivit benefaciendo...*, pasó haciendo el bien... Éste puede ser un resumen de la vida de Cristo aquí en la tierra. Ése debe ser el resumen de la vida de cada bautizado, pues toda su vida se desenvuelve bajo el influjo del Espíritu Santo: cuando trabaja, en el descanso, cuando sonrío o presta uno de los innumerables servicios que conlleva la vida familiar o profesional...

En la fiesta de hoy se nos invita a tomar renovada conciencia de los compromisos adquiridos por nuestros padres o padrinos, en nuestro nombre, el día de nuestro Bautismo; a reafirmar nuestra ferviente adhesión a Cristo y la voluntad de luchar por estar cada día más cerca de Él; y a separarnos de todo pecado, incluso venial, ya que al recibir este sacramento fuimos llamados a la santidad, a participar de la misma vida divina.

Es precisamente este Bautismo el que *nos hace “fideles” –fieles–, palabra que, como aquella otra, “sancti” –santos–, empleaban los primeros seguidores de Jesús para designarse entre sí, y que aún hoy se usa: se habla de los “fieles” de la Iglesia*<sup>34</sup>. Seremos fieles en la medida en que nuestra vida –¡tantas veces lo hemos meditado!– esté edificada sobre el cimiento firme y seguro de la oración. San Lucas nos ha dejado escrito en su Evangelio que Jesús, después de haber sido bautizado, estaba en oración<sup>35</sup>. Y comenta Santo Tomás de Aquino: en esta oración, el Señor nos enseña que “después del Bautismo le es necesaria al hombre la asidua oración para lograr la entrada en el Cielo; pues, si bien por el Bautismo se perdonan los pecados, queda sin embargo la inclinación al pecado que interiormente nos combate, y quedan también el demonio y la carne que exteriormente nos impugnan”<sup>36</sup>.

Junto al agradecimiento y la alegría por tantos bienes como nos han llegado en este sacramento, renovemos hoy nuestra fidelidad a Cristo y a la Iglesia, que, en muchas ocasiones, se traducirá en la fidelidad a nuestra oración diaria.

---

**Rev. D. Antoni CAROL i Hostench (Barcelona, España) ([www.evangelinet.net](http://www.evangelinet.net))**

### **Jesús vino de Galilea al Jordán donde estaba Juan, para ser bautizado**

Hoy contemplamos al Mesías —el Ungido— en el Jordán «para ser bautizado» (Mt 3,13) por Juan. Y vemos a Jesucristo como señalado por la presencia en forma visible del Espíritu Santo y, en forma audible, del Padre, el cual declara de Jesús: «Éste es mi Hijo amado, en quien me complazco» (Mt 3,17). He aquí un motivo maravilloso y, a la vez, motivador para vivir una vida: ser sujeto y objeto de la complacencia del Padre celestial. ¡Complacer al Padre!

De alguna manera ya lo pedimos en la oración colecta de la misa de hoy: «Dios todopoderoso y eterno (...), concede a tus hijos adoptivos, nacidos del agua y del Espíritu Santo, llevar siempre una vida que te sea grata». Dios, que es Padre infinitamente bueno, siempre nos “quiere bien”. Pero, ¿ya

---

<sup>33</sup> Segunda lectura. *Hech* 10, 34-38.

<sup>34</sup> SAN JOSEMARÍA, *Forja*, n. 622.

<sup>35</sup> Cfr. *Lc* 3, 21.

<sup>36</sup> SANTO TOMAS, *Suma Teológica*, 3, q. 39, a. 5.



se lo permitimos?; ¿somos dignos de esta benevolencia divina?; ¿correspondemos a esta benevolencia?

Para ser dignos de la benevolencia y complacencia divina, Cristo ha otorgado a las aguas fuerza regeneradora y purificadora, de tal manera que cuando somos bautizados empezamos a ser verdaderamente hijos de Dios. «Quizá habrá alguien que pregunte: ‘¿Por qué quiso bautizarse, si era santo?’. ¡Escúchame! Cristo se bautiza no para que las aguas lo santifiquen, sino para santificarlas Él» (San Máximo de Turín).

Todo esto —inmerecidamente— nos sitúa como en un plano de connaturalidad con la divinidad. Pero no nos basta a nosotros con esta primera regeneración: necesitamos revivir de alguna manera el Bautismo por medio de una especie de continuo “segundo bautismo”, que es la conversión. Paralelamente al primer Misterio de la Luz del Rosario —el Bautismo del Señor en el Jordán— nos conviene contemplar el ejemplo de María en el cuarto de los Misterios de Gozo: la Purificación. Ella, Inmaculada, virgen pura, no tiene inconveniente en someterse al proceso de purificación. Nosotros le imploramos la sencillez, la sinceridad y la humildad que nos permitirán vivir de manera constante nuestra purificación a modo de “segundo bautismo”.

---